

Capitalismo histórico, composición de clase, *general intellect*, trabajo inmaterial, comunismo

Carlos PRIETO DEL CAMPO

Una razón marxiana inquebrantable animada por una pasión spinoziana devoradora, o viceversa, una razón spinoziana inquebrantable animada por una pasión marxiana devoradora, o viceversa, etc. No olvidar a Maquiavelo, estrategia revolucionaria, etc.

V. I. LENIN

ABSTRACT.

The following article explores some of the analytic units that have become prominent in Marxist epistemology in recent decades (immaterial labour, mass worker, social worker, constituent power, etc.) and connects them in order to explain the consequences of the conflict between the capitalist world economy and the power of antisystemic movements after the “long 20th century”, focusing on the new class composition that has emerged since the capitalist restructuring of the 1970’s.

CAPITALISMO Y TRABAJO INMATERIAL.

El capitalismo histórico es el objeto teórico conceptual y epistemológicamente decisivo para comprender la realidad sistémica de las sociedades actuales. Esto quiere decir que para pensar la coyuntura —esto es, el corte sincrónico en el que es posible lanzar estrategias de desestabilización política de la reproducción de la estructura social capitalista articuladas en torno a la energía cinética acumulada por una determinada composición de clase de la fuerza de trabajo— hemos de partir de la densidad estructural que el funcionamiento que aquel ha propiciado hasta un momento dado y de la tendencialidad de las respuestas sistémicas posibles dada la información acumulada en el funcionamiento de la estructura de poder y explotación vigente hasta ese momento. Obviamente se trata de modelizar la dinámica diacrónica del capitalismo y las pautas de comportamiento concreto en un momento histórico dado, incluyendo el número máximo de variables que definen la realidad sincrónica de la reproducción del sistema en el mismo: esto exigen pensar (a) los procesos de acumulación de capital definidos por sucesivos ciclos sistémicos de acumulación que pueden definirse desde el siglo XVI, (b) los modelos de definición del comportamiento de la fuerza de trabajo en los circuitos productivos sociales, las formas de estabilización del conflicto y de cohesión de los distintos bloques sociales hege-

mónicos constituidos por las clases dominadas y las posibilidades de ruptura antisistémica de estas formas de integración social; (c) la conceptualización de la forma Estado y de la máquina administrativa que gestiona el conflicto social y define la dinámica constitucional de la fuerza de trabajo en el interior de la estructura social y política capitalista; y (d) la descripción de la geopolítica de las unidades estatales que pugnan por definir modelos de liderazgo hegemónico en el sistema interestatal capitalista y cuyas estrategias forman parte crucial de la estabilización dinámica del sistema.

Tanto desde un punto de vista histórico como teórico resulta imposible pensar el trabajo de modo abstracto sin cualificar simultáneamente el perfil de la fuerza de trabajo que cierra en cada corte sincrónico el ciclo de producción de plusvalor, y sin analizar el modelo de reproducción de la relación-capital que define cada uno de los ciclos sistémicos de acumulación de capital. La red de problemáticas estructurales e históricas que sustentan los procesos mencionados conforman las condiciones de posibilidad en la que se inserta la existencia social de la fuerza de trabajo y, por consiguiente, es respecto a ellas que debe conceptualizarse la trama de la constitución del sujeto productivo en un momento histórico dado. En este sentido, la figura hegemónica de una fuerza de trabajo definida históricamente debe ser útil para pensar simultáneamente, en la medida de lo posible, este conjunto de procesos al objeto de definir secuencias factibles de definición teórica y de acción política.

El concepto de trabajo inmaterial tiene sentido, pues, en esta precisa coyuntura del modo de producción capitalista sí y solo sí contribuye (a) a definir la cualidad productiva de la fuerza de trabajo colectiva en este momento histórico, (b) a delinear una política posible del sujeto productivo en tanto que expresión de su poder constituyente, entendido como su potencia para trastocar la reproducción de las relaciones de (re)producción dominantes vigentes, (c) a explicar el circuito productivo y el proceso de producción de plusvalor de acuerdo con la cualidad de la estructura de explotación y de poder que logra cerrar ciclos viables de acumulación de capital, y (d) a conceptualizar la estructura social y los procesos de estructuración social que hacen posible la reproducción de las relaciones de dominación. En este sentido, las características del proceso de trabajo y la peculiaridad de las modalidades de transformación de la materia efectuada por una composición de clase dada encuentran toda su pertinencia si al mismo tiempo se piensa el circuito productivo global en el que se verifican la producción de plusvalor y el proceso de reproducción social, el cual únicamente es inteligible en el marco de un concreto ciclo sistémico de acumulación y en los ejes de una definición geopolítica del proceso de acumulación de capital, la cual a su vez define una escala variable de formas Estado que gestionan el antagonismo de clase en las distintas áreas de definición de la economía política de la explotación que la economía-mundo capitalista genera en un arco histórico determinado. En este sentido, el concepto de composición de clase de una fuerza de trabajo históricamente existente debe explicar el funcionamiento tendencial de la misma como vector de existencia social que opera en una gama múltiple de planos de consistencia sistémicamente interrelacionados en los cuales su potencia antagonista se ha demostrado históricamente, y sobre todo en el ciclo antagonista del obrero masa y de su transformación contemporánea, inevitablemente *productiva* —el proceso estricto de producción de plusvalor y acumulación de capital—, *reproductiva* —la maquinización creciente de la estructura social como mecanismo productivo integral—, *geopolítica* —el bloque social hegemónico que ha permitido estabilizar un determinado ciclo sistémico de acumulación y la consiguiente exclusión de otras fracciones de la fuerza de trabajo mundial de acuerdo con una pauta históricamente identificable y su impacto sistémico en la definición de la

pauta de comportamiento global de la ponencia hegemónica correspondiente— y *política* —el funcionamiento de esa composición de clase en el metabolismo político de la estructura social y de la forma Estado en la que se verifica tal proceso de trabajo, producción y acumulación, y que legitima tanto esta inserción como el conjunto del proceso de explotación.

Esta acumulatividad conceptual no es obviamente un corte epistemológico gratuito o una mutación aleatoria de una práctica científica dada, sino que responde por el contrario a la dinámica de las luchas de los movimientos antisistémicos y a las mutaciones que el antagonismo de éstos ha inyectado en el funcionamiento y el comportamiento del capitalismo como sistema social y estructura de reproducción global, de acuerdo con un ritmo preciso de constitución de bloques sociales hegemónicos y de estrategias de estabilización social de los diversos ciclos sistémicos de acumulación que pueden decantarse desde el siglo XVI hasta la actualidad. Esto quiere decir que la propia dinámica de la lucha de clases ha dotado de un carácter sistémico a la estructura de dominación que opera en nuestro presente histórico como un *continuum* diferenciado y específico de ajuste estructural del proceso global de explotación y dominación, y que ha convertido en definitivamente constituyente el antagonismo de la fuerza de trabajo como conjunto de dinámicas sociales que la relación-capital debe procesar para lanzar estrategias viables de acumulación de capital y procesos estabilizados de reproducción de la estructura social.

UNA N_K -COMPOSICIÓN DE CLASE EDUCADA EN LA N -COMPLEJIDAD: *GENERAL INTELLECT* Y TRABAJO INMATERIAL.

El momento histórico actual es el resultado del primer ciclo maduro de introyección/explotación del antagonismo de clase por parte de la relación-capital que ha conseguido estructurar sus procesos de acumulación de capital y los modelos de estructuración social gracias al tratamiento de aquel por parte de una estructura social que se ha convertido en el principal conjunto de dispositivos productivos del sistema-mundo capitalista. Este ciclo coincide con el ciclo sistémico de acumulación definido por el largo siglo XX, es decir, arranca de la Gran Depresión de finales del siglo XIX (1873-1896) y se extiende hasta el momento presente, sin haber concluido en la actualidad el tratamiento del antagonismo iniciado en el mismo y, por consiguiente, las posibilidades de las diversas estrategias de lucha y el resultado final de las mismas, que conformarán las pautas de explotación o eventualmente de transformación revolucionaria del sistema capitalista durante el siguiente ciclo histórico. Utilizo deliberadamente el concepto de clase (1) porque la explotación de la fuerza de trabajo colectiva sigue siendo el eje básico que define el antagonismo social, político, cultural, económico, geopolítico y militar, que marca las dinámicas de constitución social si consideramos la economía-mundo capitalista como una única unidad de análisis, y (2) porque los conceptos de clase y de lucha de clases han experimentado durante el ciclo de emergencia del antagonismo (revolución mundial de 1968) como categoría crucial del pensamiento marxista todo un conjunto impresionante de procesos endógenos de enriquecimiento ontológico, teórico y político que ha permitido iniciar un proyecto de deconstrucción de las relaciones de poder y de los procesos de producción de dominación que han atravesado su existencia social (racismo, sexismo, eurocentrismo). La existencia de estas relaciones de poder ha sido históricamente ineludible dados los procesos de constitución, funcionamiento y transformación que han caracterizado al capitalismo histórico, y que concu-

rían en la producción de la clase dominada como mercancía apta para circular por los circuitos productivos y sociales de las sociedades capitalistas. Estos procesos de deconstrucción de las relaciones de poder, que atraviesan la existencia social de las clases dominadas y operan según ritmos históricos complejos, tienden en la actualidad a experimentar un salto cualitativo fundamental que apunta a la implementación de dinámicas de poder constituyente que articulen en términos políticos la enorme potencia de la crítica de las propias condiciones de producción de la dominación generadas en todo el arco del capitalismo histórico y que han sido cartografiadas en los diagramas práctico-teóricos concebidos desde 1968.

En este sentido, la década de 1980 fue una década crucial, ya que en esos años se verifica la crisis y la expulsión de los circuitos de enunciación social de toda la panoplia de instrumentos críticos que la inteligencia antagonista había puesto a punto alrededor de la *world revolution* de 1968, justo en el instante mismo en que el capitalismo empleaba todos los recursos sistémicos de los que había logrado apropiarse tras la coronación exitosa del primer ciclo maduro de explotación del antagonismo de clase para reorientar las dinámicas de explotación sistémica, y la fuerza de trabajo colectiva no era capaz de codificar en tiempo real el impresionante arsenal de productos teóricos que la inteligencia crítica de masas había sintetizado y producido durante las décadas de 1960 y 1970, y mucho menos dotarse de estrategias políticas para controlar la formidable reestructuración que acometió la relación-capital para bloquear y desterritorializar las dinámicas antagonistas de los diversos movimientos antisistémicos activos en esos momentos. Para los sujetos proletarios que comenzamos a cartografiar la realidad de la dominación/explotación capitalista durante esos años, el concepto de clase nos invitaba a pensar su contenido (a) como un conjunto de procesos de producción de subjetividad y de compactación de la fuerza de trabajo colectiva definidos por la mutación del escenario fordista y keynesiano, y (b) como la afirmación tendencial del trabajo inmaterial y del *general intellect*, esto es, del obrero social y del sujeto hiperproletario global, como figuras hegemónicas de la composición de clase, tendencias ambas caracterizadas, además, por el carácter de masas asumido por los procesos de deconstrucción de la dominación de género y de la diferencia racial: no había espacio para la nostalgia política, sentimiento por otro lado siempre demasiado próximo a la melancolía intelectual, ya que éramos animales que teníamos que sobrevivir intelectual y políticamente en un entorno capitalista de desregulación salvaje y estulticia posmoderna que no se apiadaba de los errores del adversario.

Así pues, pensar el concepto de trabajo inmaterial supone pensar el ensamblaje teórico del concepto de capitalismo histórico y el concepto de antagonismo de clase, cuyo cruce epistémico nos ha de permitir pensar la coyuntura política en el momento actual. Se trata de dos planos de inmanencia cuyo ajuste permanente nos permite pensar las condiciones de posibilidad de la realidad en cada secuencia histórica que se define por saltos de enfrentamiento entre el trabajo vivo y las dispositivos maquínicos de captura de sus procesos de constitución social que son siempre procesos constituyentes de expresión de una potencia política. Precisamos, por consiguiente, de una teoría del capitalismo histórico y de una teoría del antagonismo de la fuerza de trabajo colectiva, que nos permita pensar la composición de clase global y las condiciones de posibilidad de su constitución política. Ambos conceptos —cruciales para producir una epistemología marxista— han sido elididos de la práctica intelectual al hilo de la derrota política sufrida por los movimientos antisistémicos que se salda a finales de la década de 1970 con un violento desplazamiento de los modelos de conceptualización de la realidad social. Esa elisión se ha producido durante las décadas de 1980 y 1990 por la exclusión generada por la intersec-

ción de los bloques discursivos del revisionismo histórico, el neoliberalismo y la posmodernidad en los circuitos de producción ideológica y enunciación discursiva que han conformado la esfera pública durante estos años, sin dejar de desplegar sus efectos en las orientaciones y predisposiciones de los discursos críticos.

El objetivo del plano de consistencia epistémico e ideológico del *revisionismo histórico* consiste en reescribir la historia de la modernidad contemporánea como un continuo privado de cualquier tensión revolucionaria y de cualquier tipo de proceso constituyente que no sea el correlato político de una inevitabilidad sistémica que en realidad traduce situaciones de consenso impuestas por las clases hegemónicas o dominantes. Toda la secuencia de procesos revolucionarios de la modernidad —1789, 1848, 1917, 1949, 1968— no supone sino una acumulación de catástrofes que únicamente corrigen de modo imperceptible y con un enorme coste social, político y humano el lento proceso de acumulación histórica de las formas realmente factibles de organización económica, política y social. Todo nexo entre capitalismo y política es abolido de cuajo y negado de un plumazo el proceso de semiotización antagonista de la realidad social que ha permitido a los sujetos explotados pensar la realidad social como una tarea asintótica de decodificación y reconstrucción de los modelos de reproducción de la explotación. El revisionismo histórico reescribe, pues, la modernidad imponiendo sobre su ciclo antagonista y subversivo la normalización irreversible de una derrota política que pretende ser una naturalización de la estructura social. Ésta no reproduce sistémicamente las condiciones de explotación ni ha operado dialécticamente para asegurar cotas superiores de dominación si se lograba desbaratar los procesos constituyentes de las clases explotadas en el seno de la economía-mundo capitalista. La estructura social no está sometida a la tensión de los sujetos que circulan por su interior ni explota el antagonismo de éstos: en este sentido la saturación sistémica es máxima y todo se reduce a un juego cerrado de esferas cuya totalidad es tan solo controlable mediante una situación ideal de habla en la que el discurso principal es el de una clase dominante que mediante la elisión de la existencia misma de las clases explotadas se arroga definitivamente el derecho de enunciar definitivamente qué es la historia, cuáles han sido sus secuencias, y cuál son las variantes posibles en cada corte sincrónico dado. Para el revisionismo histórico corte sincrónico siempre es igual a fin de la historia y ésta siempre es la afirmación de la enunciación de la situación de hecho de los grupos que en cada momento tienen el poder estructural que les permite saturar el espacio de enunciación. Los movimientos antisistémicos, las revoluciones y la violencia de clase no son sino el exceso prescindible de un proceso de ajuste que de una u otra forma los grupos y clases dominantes no dejan de conceder al hilo de cambios que siempre son sistémicos porque siempre los dispositivos de contención del antagonismo y de gestión del conflicto son lo suficientemente precisos como para modular los modelos de explotación. Las revoluciones de la modernidad no son, pues, sino aceleraciones privadas de sentido, que no han logrado modificar el ritmo de transformación lenta de las estructuras. El correlato en el ámbito epistémico es la supresión de la episteme marxista como discurso teórico de la modernidad y como esfuerzo coherente para pensar la práctica política antagonista como dinámica esencial de producción de sentido y realidad.

El discurso del *neoliberalismo*, por su parte, ha supuesto la negación de que exista otro modelo económico que el mercado y que lo que éste significa, en realidad, es la subordinación de toda práctica social a los condicionamientos más abstractos de la autorregulación de los mercados financieros internacionales. Si el capitalismo no existe, entonces el mercado debe presentarse como una estructura neutra cuya razón de ser tan solo es inscribible en el espacio

acotado por la economía neoclásica y por la ciencia contable y financiera. La reestructuración violenta del capital que arranca vigorosamente a finales de la década de 1970 es tan solo la reacción saludable ante un desequilibrio generado políticamente que la neutralidad de la estructura económica no puede soportar sin romper el equilibrio inherente que la constituye; de no hacerlo los desequilibrios acarreados por tal comportamiento propiciarán una crisis todavía mayor de un mecanismo automatizado que tan solo responde a la autorregulación de sus componentes sistémicos. La gestión de éstos es puramente técnica, y la interferencia con los mismos supone únicamente un proceso acumulativo de desviaciones que tarde o temprano deberán dar lugar a una corrección tanto más severa cuanto más profunda haya sido la intromisión del antagonismo en los mecanismos sistémicos de carácter económico. Las demostraciones fehacientes de tal comportamiento perverso de trastorno antisistémico son el destino del proyecto fáustico de los países socialistas y el comportamiento democrático de los Estados del bienestar: en diferentes escalas y con fenomenologías diversas en ambos casos se demuestra de modo palmario que el capitalismo no existe porque ha sido la violación del mecanismo neutro del mercado quien ha debido imponer irremediabilmente el ajuste estructural del capital financiero. En ambos casos, la política es expulsada del dispositivo sistémico y la totalidad del proceso de reproducción social es sometido al ajuste automático de su contundencia estructural: el proceso de privatización del bloque socialista será inmisericorde y las veleidades redistributivas del Estado del bienestar se saldarán con la práctica constitucionalización de la independencia de los bancos centrales y con la imposición de la restricción del déficit cero. El efecto es una declinación multiplicada del discurso del revisionismo histórico: si el capitalismo no existe, si el mercado no admite corrección alguna de sus parámetros de funcionamiento, si la política no puede si no trastornar definitivamente un mecanismo complejo y delicado, entonces pensar la dominación y la explotación constatable diacrónica y sincrónicamente supone tan solo el extravío de una práctica intelectual que no merece tal nombre y la invitación a provocar una cadena de desajustes cuya acumulación tan solo puede generar una perversión del resto de las subestructuras sociales. La pretensión de teorizar el sistema social como una estructura de poder que integra la disimetría de los mecanismos de acumulación de capital hace pivotar inexorablemente tal experimento intelectual hacia un concepto que coloca el poder de clase en el centro del dispositivo económico, mientras el fantasma del totalitarismo asoma ahora de la mano de una extensión de la política a ámbitos fatales para ponerla a prueba. El capitalismo no puede existir porque no hay disimetría en el espacio neutro del mercado; la política no afecta a los sujetos económicos porque supone introducir el poder y la dominación en el corazón del análisis de la acumulación de capital: cualquiera de ambas veleidades supone contradecir la realidad misma de las cosas: el cierre de la experiencia más ambiciosa de control del mercado dentro de un proyecto político articulado ha terminado de despejar el horizonte: la reedición del fin de la historia es la historia del neoliberalismo; y de nuevo éste es la negación del capitalismo y de la lucha de clases y el encumbramiento majestuoso del conflicto como eje rector del comportamiento del *homo economicus*.

En el sentido de la producción de discurso ideológico entendemos por *posmodernidad* el cierre del campo de experimentación conceptual abierto en torno a la revolución de 1968, que supuso simultáneamente (a) la verificación de la madurez de los discursos producidos por los movimientos antisistémicos durante la onda larga antagonista que arranca de 1848 (fundamentalmente la episteme marxiana, el discurso del primer y segundo feminismo y el discurso de los movimientos antirracistas y de liberación nacional) y (b) la eclosión sin precedentes de la creatividad teórica en cada una de esas tres áreas de construcción conceptual mediante

un intenso proceso de producción intelectual, el cual provocó la reelaboración creativa de las nuevas síntesis teóricas que precisaba la composición de clase definida por el *general intellect* y por el trabajo inmaterial que estaba emergiendo en torno a esa revolución. En este sentido conviene precisar que los elementos teóricamente más ricos de lo que en sentido lato se denominó posmodernidad —que en ocasiones supusieron una saludable y necesaria reacción ante el anquilosamiento del propio pensamiento crítico producto a su vez de los viejos movimientos antisistémicos— se hallaban íntimamente relacionados con la onda de luchas antisistémicas que alimentaron los movimientos de 1968 durante las décadas de 1960 y 1970, antes de que la relación-capital lanzase la fenomenal onda de reestructuración que se inició a finales de esta última. En este sentido, el discurso posmoderno así entendido —como cierre de un proceso de experimentación con los discursos críticos que por primera vez comenzaban a constituir una red de epistemes comunes a finales de la década de 1960 susceptible de ser utilizada por las clases dominadas y por los sujetos subalternos para lanzar sus estrategias de poder constituyente— supuso igualmente un proceso de esterilización intelectual que pretendió reescribir la modernidad como un periodo histórico cuya inteligibilidad era producto de la distorsión introducida en su esfera pública y en los paradigmas intelectuales por los procesos de constitución antagonista de las clases dominadas, de las razas sometidas y de los sujetos subalternos en el ámbito de la teoría, la cultura, la subjetividad y la estética. El antagonismo era expulsado del discurso en tanto que práctica desestabilizadora de la configuración epistemológica de las ciencias sociales, de la filosofía y de la historia, y con tal cancelación se devaluaba el proyecto de pensar las relaciones de dominación y explotación, y se elidía por ende el capitalismo como objeto teórico y como horizonte de inserción de los paradigmas críticos. Si la práctica cultural sobreesaturaba todo el abanico del discurso, si éste se doblaba como trama misma de la realidad, y si la política antisistémica era la premisa del totalitarismo y del bloqueo irremediable de la práctica intelectual, no quedaba sino esterilizar toda pretensión de pensar el antagonismo y una política radical del horizonte epistemológico de la modernidad. En todo caso, la línea de experimentación predominante en la esfera pública que había arrancado de 1968 se quebró durante las décadas de 1980 y 1990 y el formidable impulso teórico generado en torno a 1968 quedó así bloqueado hasta bien entrada esta última, cuando las dinámicas intolerables del capitalismo neoliberal obligaron *nolens volens* a rearticular en la esfera pública los protocolos teóricos y epistemológicos de la mejor reflexión de la episteme marxista. Se produjo a pesar de todo, sin embargo, un salto prodigioso gracias a los productos que se crearon en los márgenes de los puntos privilegiados de enunciación social entre 1975 y 1995 para comprender la textura de las relaciones de dominación realmente existentes: *The Limits to Capital* (1981), y *The Condition of Posmodernity* (1989), de David Harvey, *Marx oltre Marx* (1978) e *Il potere costituente* (1992), de Antonio Negri, *Questions de sociologie* (1984), de Pierre Bourdieu, *The Long Twentieth Century* (1994), de Giovanni Arrighi, *Unthinking Social Science* (1991) y *After Liberalism* (1995), de Immanuel Wallerstein, y *Simians, Cyborgs and Women* (1991) de Donna Haraway, o *Le nouvel esprit du capitalisme* (1999), de Luc Boltanski y Éve Chiapello, entre otros, ofrecen un perfil de esa línea de pensamiento crítico a contrapelo de la codificación posmoderna. En última instancia, la codificación conservadora del discurso posmoderno —que fue a la postre la dominante en la esfera pública occidental— pretendía cancelar la política privando a los discursos críticos de sus condiciones de posibilidad epistemológica en el momento mismo en los disturbios atizados por la carestía y el hambre de la población provocados por las políticas de ajuste estructural del FMI recorrían uno tras otro los países del Tercer Mundo, y la reestructuración

del capital redefinía las condiciones de reproducción social de la nueva composición de clase de la intelectualidad de masas en los países del centro de la economía-mundo capitalista durante la década de 1980. La eclosión intelectual de las décadas de 1960 y 1970 tuvo tal intensidad precisamente porque se remitía al proceso de constitución de una nueva composición de clase, tras la crisis ya presentada en 1968 del ciclo del obrero masa, que estaba intentando cartografiar el siguiente ciclo de luchas antagonistas sobre la potencia acumulada por el carácter antisistémico de su funcionamiento en la estructura social y en la geopolítica del capitalismo. Los mejores productos de la sociología y la economía críticas, del estructuralismo y del postestructuralismo, de la teoría feminista y del *operaismo* italiano no eran sino protocolos intelectuales para fundamentar epistemológicamente y cartografiar socialmente la potencia de una fuerza de trabajo cuyos procesos de autovalorización proletaria estaban alcanzando una sólida proyectualidad política en el momento mismo en que la propia clase obrera atacaba sus formas de contención y gestión conflictual en el capitalismo de rostro humano del desarrollo y el bienestar.

En este contexto nos parecía absurdo desperdiciar las herramientas que la intelectualidad de masas antagonista había producido durante el largo siglo XX, y más concretamente alrededor de la explosión intelectual verificada alrededor de 1968: la perspectiva de jugar con la plasticidad increíble de toda esa panoplia abigarrada de productos teóricos críticos para experimentar con la enorme energía cinética del paradigma marxista nos parecía una tarea exultante. Nuestra composición de clase era privilegiada porque tenía la oportunidad de pensar el primer ciclo maduro de explotación del antagonismo de clase que había provocado un proceso riquísimo de estructuración de la relación-capital, y porque había experimentado una intensa experiencia de deconstrucción de las relaciones de poder que habían penetrado en los cuerpos de los sujetos productivos sociales. Esos procesos de deconstrucción que constituían el campo fenomenológico de nuestra experiencia quedaban literalmente reducidos a nada si no nos dotábamos de una *teoría del antagonismo de clase* que nos permitiese pensar simultáneamente tanto los procesos de resistencia a la reproducción de las relaciones sociales capitalistas realmente existentes y a su reestructuración permanente, como los procesos de enriquecimiento ontológico que estaba experimentando la fuerza de trabajo colectiva según una secuencia compleja de autovalorización; se trataba en definitiva de una teoría de la política de clase. Esta teoría del antagonismo debía articularse ineludiblemente con una *teoría de la explotación* que fuera mucho más allá de las teorizaciones alrededor del concepto de posfordismo al uso por esas fechas, todo lo cual nos obligaba a dotarnos, en definitiva, de una *teoría del capitalismo como sistema histórico* (1) que incluyese una *teoría de la colonialidad del poder (racismo/sexismo)* en su definición y una *teoría del espacio* en su proyecto epistémico, y (2) que se plantease la comprensión de un sistema que parecía más que razonable intentar transformar radicalmente, y a través del cual sentíamos correr un potente hilo rojo a lo largo de su historia. O dicho de otro modo, la composición de clase definida por el *general intellect* del sujeto hiperproletario global y del obrero social precisaba de una *teoría del capitalismo* codificada y sobredeterminada por el concepto de antagonismo, no dialéctica, que sometiese la teoría del plusvalor a la teoría del poder de clase y de la subsunción en el capital de los procesos de estructuración social (la f@brica y la sociedad), y que fuese apta para el consumo intelectual, político y subversivo por parte de la composición técnica y política de los nuevos sujetos proletarios. La desterritorialización e intelectualización de masas que esta composición de clase había experimentado la hacía acreedora de una enorme capacidad para metabolizar toda diferencia y transformarla en un proceso endógeno de potencial constitución subversiva.

Se trataba, en definitiva, de producir *epistemologías comunes* que nos permitiesen pensar tanto la plasticidad inducida en el capitalismo por el antagonismo de las clases dominadas, como los esfuerzos por deconstruir la propia producción como grupos y sujetos sometidos inevitablemente insertos en la fuerza de trabajo colectiva que era y había sido durante la historia del capitalismo irremediablemente multinacional y global. Se trataba de no perder de vista el capitalismo como objeto teórico, y de no desperdiciar los procesos de autovalorización de las clases dominadas y subalternas que habían logrado un alto grado de autorreflexividad sobre la red de procesos de definición que hacían posible la reproducción de las relaciones de poder y explotación. Epistemologías comunes, porque únicamente un diseño original de las mismas nos permitiría pensar el capitalismo como sistema, y la fuerza de trabajo global como sujeto tendencialmente dotado de poder constituyente y potencia suficientes como para generar dinámicas estables de reproducción de la liberación. Era necesario pensar el capitalismo en toda su profundidad histórica, espacial y estructural, porque los procesos de reestructuración y deconstrucción que atravesaban las sociedades durante la década de 1970 y 1980 ya apuntaban en esos momentos un riesgo muy elevado de convertir estos procesos de deconstrucción en un input más de aquellos procesos de reestructuración, y, por consiguiente, hacer burla de la crítica antagonista cuando la pobreza, el desempleo o las políticas de ajuste estructural convertían en un agrio sarcasmo las sutilezas de una teoría posmoderna que callaba ante la privación elemental de las condiciones de reproducción objetiva y subjetiva de una fuerza de trabajo colectiva que definitiva e irreversiblemente tenía color, género y ubicación geográfico-espacial específicas. El trabajo teórico mencionado se hace todavía más perentorio durante la década de 1990, y no digamos en la actualidad, porque en ese momento se rompe paulatinamente el consenso posmoderno sobre la inanidad e inutilidad de la crítica en la percepción pública, y se perfila con nitidez la profunda crisis política que atraviesan tanto las formas de soberanía nacionales como la arena de las relaciones internacionales. La existencia de una fuerza de trabajo multinacional y global ocupa de nuevo el espacio epistémico de una teoría crítica que merezca el nombre de tal, y el extraordinario trabajo efectuado sobre el capitalismo durante los últimos cuarenta años (Tronti, Wallerstein, Negri, Braudel, Brenner, Irigaray, Anderson, Arrighi, Harvey, Deleuze, Bourdieu, Althusser, Guattari, Foucault, Mann, Tilly, etc.) emerge como elemento crucial para comprender el envite político e intelectual actual al que se enfrentan las diversas composiciones de clase que son explotadas en el sistema-mundo capitalista.

GENERAL INTELLECT: EPISTEMOLOGÍA, TIEMPO, POLÍTICA.

Los protocolos elementales de análisis del capitalismo histórico adecuados a la madurez de la composición de clase hegemónica surgida de la destrucción del obrero masa y de los procesos de autovalorización proletaria que comenzó a expresarse en torno a 1968 y a partir de la década de 1970 y que podemos comenzar a pensar mediante el concepto de *general intellect* responden al cruce epistémico y teórico de las siguientes unidades analíticas, que pasamos a analizar a continuación. Su definición epistemológica nos permitirá analizar a continuación las características del proceso de enunciación teórico prototípico de la intelectualidad de masas, que caracterizamos provocadoramente como proceso de enunciación marxista, en tanto que entendemos que el corte provocado por la episteme marxiana todavía opera como dispositivo multiplicador y condición de posibilidad de los discursos críticos.

Así pues, la actual composición de clase analiza el capitalismo histórico como sistema cuyo funcionamiento debe ser explicado atendiendo a las siguientes unidades analíticas. Obviamente, los planos conceptuales definidos por el trabajo intelectual derivado de éstas definen las condiciones de posibilidad de una política radical susceptible de ser implementada por el sujeto hiperproletario global de la intelectualidad de masas.

- *Unidad temporal*: esto es, el capitalismo como objeto teórico únicamente puede analizarse si se considera su unidad histórica desde principios del siglo XVI —sistema-mundo, economía-mundo, de acuerdo con la terminología de Wallerstein— y se analizan sus pautas de comportamiento como un proceso único de mutación estructural por mor del impacto de la lucha de clases y de los sujetos subalternos en el interior de estructuras que operan también con su propia variabilidad estructural y que integran en su seno los enfrentamientos horizontales entre las unidades sistémicas que conforman sus sujetos explotadores —empresas y Estados, entendidos con toda la abigarrada variedad de su mutabilidad histórica— dominantes. En este sentido, el funcionamiento del capitalismo histórico es ininteligible si no se analiza y se comprende como el ritmo de variabilidad de sus sucesivas dinámicas de acumulación —ciclos sistémicos de acumulación, de acuerdo con la terminología de Arrighi— y de las diversas fisiologías que las clases dominadas han introducido en su dinámica reproductiva, en tanto que ésta no ha sido suprimida sistémicamente;
- *Unidad espacial*: esto es, el capitalismo realmente existente es ininteligible si no se analiza de modo simultáneo la sincronicidad del conjunto de la economía-mundo y la integración geográfica del conjunto del planeta, dado que los circuitos de producción de plusvalor, las dinámicas de acumulación de capital y la consistencia geopolítica de sus unidades hegemónicas operan de acuerdo con diversas escalas en un modo unitario e integrado de reproducción sistémica. En este sentido, la producción de espacio es el correlato automático de la acumulación de capital y la jerarquización de los espacios así producidos constituye un proceso multiestratificado de especialización que no obstante define zonas predeterminadas de asignación de recompensas de acuerdo con la cadena del valor añadido al que tiene acceso una unidad económica determinada y, en consecuencia, la fuerza de trabajo empleada en la misma. Esta producción de espacio constituye el producto inexcusable del comportamiento geopolítico de las unidades predominantes —potencias hegemónicas— que tienen ordenar las relaciones de explotación y dominación de acuerdo con sus diseños de superexplotación, liderazgo y represión del conjunto de la economía-mundo capitalista. Este diseño hegemónico se ha manifestado históricamente al hilo de los diversos ciclos sistémicos de acumulación. Queda así proscrita epistemológicamente la existencia de unidades económicas nacionales o la autonomía de los sujetos económicos que operan en un espacio neutro de actividad económica o mercantil, definiéndose, por el contrario, un circuito integrado de reproducción sistémica del conjunto de la economía-mundo capitalista que se convierte en la unidad mínima de análisis en un momento determinado cuya eficacia constriñe y define los campos de posibilidad del conjunto de las unidades que operan en su interior. La geopolítica, la producción de espacio y la imposición de un ritmo reproductivo global jerarquizante y ordenador define pues el funcionamiento del capitalismo histórico; y, finalmente,

- *Unidad sincrónica*, esto es, pensar el capitalismo que nos obliga a pensar en cada uno de estos ciclos la densidad estructural de las formas de reproducción social en la que se halla inserta la composición de clase —hegemónica y residual— que protagoniza habitualmente los procesos más intensos de producción de valor y que permite cerrar los procesos de acumulación de capital de forma viable dadas las constricciones sociales y políticas en las que se verifica la reproducción de las formas sociales que posibilitan aquella. El concepto que nos permite pensar las condiciones de existencia social que cierran la realidad última de los procesos de acumulación económica y dominación política es el concepto de estructura₁ de estructuras₂. El problema conceptual que debe resolverse en este ámbito teórico es la paulatina integración de las diversas prácticas y subestructuras sociales en el acoplamiento sistémico de la reproducción de las relaciones sociales capitalistas; y esto entendido no únicamente como una fagocitación estática de prácticas sociales preexistentes ya constituidas, que pasarían a formar parte del mecanismo reproductivo global de la relación-capital, sino también (a) como reordenación dinámica de formas y prácticas sociales que mediante su reinscripción creativa —y aquí creativa quiere decir sobresaturada por la lucha de clases— modifican su funcionalidad en el diseño global de reproducción de la dominación, y como (b) como producción dinámica de nuevas formas sociales que permiten estrategias originales de existencia social sometidas a diseños novedosos de explotación y dominación funcionales a las necesidades puntuales de la acumulación de capital y la estabilización de la forma Estado en una coyuntura determinada. En este sentido, el desarrollo del capitalismo histórico ha supuesto la maquinización de la estructura social en tanto que esta se ha convertido en un mecanismo productivo crucial para la reproducción de las relaciones de producción capitalistas perdiendo toda posible autonomía o separación de la reproducción de las estructuras de poder: en este sentido, esta unidad sincrónica es el correlato sistémico último de la teorización temporal y espacial del capitalismo como sistema social. No existe escisión alguna entre las formas sociales de organización y el diseño que su acoplamiento juega para la reproducción de las dinámicas de explotación y dominación de clase.

El análisis del capitalismo histórico de acuerdo con estas variables nos permite ahora ahondar en el proceso de producción teórica de la composición de clase definida por el *general intellect* mediante la que operan los sujetos productivos actuales.

El proceso de enunciación marxista es epistemológica y teóricamente correcto si condensa en su campo discursivo las relaciones de fuerzas históricamente existentes en la estructura social que pretende describir, y en la cual su práctica intelectual pretende dotarse de efectos materiales por mor de su emergencia como enunciado teórico. La descripción teórica de la práctica social se halla definida por la síntesis de la potencia social acumulada hasta el momento por una n_k - composición de clase desde la que forzosamente se efectúa tal acto de enunciación, ya que, dada la existencia del capitalismo como sistema histórico, es materialmente imposible emitir enunciados teóricos que no supongan un acto de ruptura con la red significante que codifica la realidad social de modo automático si no se efectúa un acto violento de desgarradura del significante sobresaturado por las relaciones de poder/explotación que enuncian la realidad de la dominación. Tal acto de enunciación supone simultáneamente un proceso complejo de rigor

epistemológico que implica el ajuste entre la hipótesis de la estructura que permite la reproducción de la dominación/explotación y la potencia ontológica, histórica y política de la composición de clase desde la que se emite el enunciado teórico correspondiente. Todo proceso de enunciación teórica está verificando un proceso de ajuste entre la potencia de la clase sometida y la eficacia de la estructura del sistema-mundo capitalista que impide la emergencia de una situación revolucionaria, ya que el capitalismo histórico es un sistema codificado por la violencia de su dinámica de reproducción social de acuerdo con la configuración modelada a lo largo de su existencia histórica desde su constitución paulatina a partir del siglo XVI. En este sentido, el enunciado teórico marxista está concebido siempre desde la potencia de la composición de clase que pretende explicitar y teorizar y, al hacerlo, multiplicar su potencia política. Potencia de las clases dominadas/subalternas quiere decir en el capitalismo histórico la posibilidad intelectual y política de pensar la explotación y la dominación en un n_k -momento histórico determinado, y la factibilidad de las posibilidades de lanzar estrategias de reapropiación de la riqueza estructural que el sistema-mundo capitalista ha generado hasta un momento determinado. Aumentar su potencia política quiere decir explicitar la potencia ontológica, intelectual y social de ese sujeto según la red de procesos históricos de torsión que ha sufrido dada su inserción en una estructura histórica de dominación que ha logrado reproducirse según mutaciones radicales de sus pautas de comportamiento, y que no ha logrado ser radicalmente transformada por los sujetos explotados por la misma.

El proceso de enunciación teórica capta, pues, simultáneamente la potencia de la clase dominada y el ciclo sincrónico de reproducción de la estructura de explotación/ dominación en un momento dado. La incorporación de este contenido material define el contenido de verdad del proceso de enunciación teórica y su pertinencia para tener efectos reales en la práctica política de los sujetos sociales. Esta epistemología de la potencia ontológica de las clases dominadas supone que los enunciados teóricos están proporcionando elementos útiles para cartografiar el espacio estructural en el que el sujeto es objeto de explotación/dominación y en el cual a pesar de la incidencia de las relaciones de poder que configuran éstas, se dota históricamente de una riqueza ontológica cada vez mayor; esto quiere decir que el proceso de producción teórica está concebido en términos (tempo)espaciales cada vez más precisos —ya que el ajuste epistemológico obliga a pensar trayectorias políticas complejas— y, por lo tanto, cartográficos. Epistemología y cartografía suponen que el proceso de producción teórica está concebido para hacer explícita la potencia del sujeto en el interior de una estructura social que por definición resulta ininteligible desde el punto de vista de su transformación política radical. Se piensa en términos de radicalidad revolucionaria porque la violencia histórica del sistema-mundo capitalista ha sido tremendamente alta y porque sincrónicamente su reproducción está codificada por una lógica de guerra. Así, pues, una epistemología cartográfica obliga a pensar la potencia de la clase dominada dentro de una estructura compleja que define y agota la constitución de lo social, lo político y lo económico en un proceso complejo de constitución ontológica de la potencia del sujeto colectivo y de dominación/explotación de su existencia por el capitalismo histórico. Las características de esta estructura siempre deben ser reconstruidas por la teoría, ya que en otro caso la potencia ontológica del sujeto nunca puede convertirse en práctica política dotada de eficacia desestructuradora. La cartografía del espacio de la estructura de explotación/dominación supone toda una concepción del tiempo histórico inescindible de las modalidades que ha asumido la topografía de la existencia del sujeto social. La eficacia estructural supone la condensación paulatina de pautas de funcionamiento que han permitido

la supervivencia de los mecanismos de explotación a pesar de los embates sucesivos que la potencia del sujeto sometido ha propinado a la estructura de explotación/dominación: la crisis de la modernidad (entendida en este caso de acuerdo con el arco temporal más dilatado, es decir, desde el siglo XVI hasta la actualidad) se ha saldado con una persistencia contundente del sistema-mundo capitalista.

Una concepción marxista del tiempo histórico supone que la simultaneidad de los modelos de explotación/dominación vigentes en cada n_k -momento histórico que han sido codificados por el funcionamiento de la estructura de poder, y que no han dejado de desplegar sus efectos a no ser que hayan sido objeto de crítica y lucha por parte de los diversos sujetos sociales insertos en el sistema-mundo capitalista. De acuerdo con este proceso, el capitalismo histórico estuvo en condiciones de incorporar a su metabolismo reproductivo una amplia gama de estrategias de dominación que quedaron disueltas en su estructura de reproducción social de acuerdo con una valencia que en ocasiones difería de su anterior dinámica social (racismo, sexismo). Esta concepción del tiempo histórico supone, pues, entender la incorporación sucesiva de estrategias de dominación, que quedan disueltas en la reproducción de la estructura de poder y al mismo tiempo adquieren una pertinencia específica en virtud del diseño global del proceso de reproducción global. Una n_k -estrategia de dominación queda incorporada a la estructura según un tiempo determinado de vigencia y de eficacia, pero queda conservada como un posible vector de intervención sucesiva si la configuración de los elementos de antagonismo que tienen que ser neutralizados presentan una determinada constelación ontológica o política que tiene que ser destruida por la reproducción del sistema-mundo capitalista. Sincrónicamente, la reproducción del capitalismo histórico opera según un funcionamiento del tiempo estructural que simultáneamente está desplegando una red de procesos de explotación/dominación definidos según las necesidades de explotación del antagonismo vigente en un momento dado, y conservando la persistencia de las estrategias utilizadas en todo el arco temporal de su existencia histórica. Esta doble temporalidad está inextricablemente unida con la profundidad del espacio estructural en el que se halla inmersa una n_k -composición de clase dada: las características de ese espacio son ininteligibles si se pierden de vista la profundidad temporal de los procesos que la han hecho posible y la acumulación de las disposiciones estratégicas que se han conformado a lo largo de la historia del capitalismo. Las formas de explotación/dominación han dejado un trazo estructural indeleble en las posibilidades de estructuración de los mecanismos y las dinámicas posibles para el sistema-mundo capitalista.

Una composición de clase dada debe operar simultáneamente sobre este doble eje de (a) acumulación de modelos espaciales de estructuración de las estrategias de dominación/explotación que han definido un espacio estructural determinado en cada uno de los ciclos discontinuos que históricamente han logrado poner en marcha los elementos estructurales disponibles para expandir el alcance sistémico de la acumulación de capital y la conectividad de las subestructuras sociales que lo hacían posible dentro de la estructura₁ de estructuras₂ del capitalismo histórico; cada uno de estos ciclos ha definido un proceso de ajuste estructural que ha supuesto una red de procesos de reproducción específica dotada de su propia temporalidad/ crisis hasta que el antagonismo de clase la ha sometido a restricciones crecientes que se han encontrado con las tensiones sistémicas de la propia estructura de poder vigente en un arco histórico determinado, y (b) de condensación temporal de los dispositivos y modelos que han tenido vigencia en cada una de las estructuraciones de los procesos de explotación social existente a lo largo de todo el arco del capitalismo histórico, lo cual significa la irrupción de la

temporalidad de todo el repertorio de los dispositivos históricos de explotación/dominación en el tiempo de reproducción de la actual estructura de poder: el capitalismo histórico tal y como se ha desarrollado desde el siglo XVI indica la unidad temporal mínima de inteligibilidad del tiempo histórico de una composición de clase dada ubicada en un n_k -momento histórico determinado. El tiempo estructural operativo en un corte sincrónico establecido del capitalismo, que define la simultaneidad de la eficacia/ajuste de los diversos mecanismos de explotación/dominación constituye la temporalidad contra la que debe medirse la práctica política y de constitución de una composición de clase dada. El tiempo estructural supone la simultaneidad de los efectos de la estructura de poder tras las mutaciones que ha experimentado el ajuste maquínico de sus estrategias de explotación/dominación según el proceso histórico de constitución del sistema-mundo capitalista iniciado en el siglo XVI. Así pues, el concepto de tiempo que debe manejar la actual composición de clase definida por el *general intellect* y la intelectualidad de masas es la condensación de los tiempos estructurales vigentes en cada una de las estructuraciones existentes a lo largo del capitalismo histórico: los modelos de eficacia de la estructura de poder son sincrónicamente discretos, pero acumulativos en el funcionamiento de la actual estructura de explotación/dominación. La actual velocidad de la reproducción estructural de la explotación es la condensación de todo el ciclo histórico del capitalismo, en la medida en que la simultaneidad sincrónica que hace posible el capitalismo contemporáneo es la acumulación de dinámicas temporales que han gozado de éxito en los distintos momentos de reproducción de este sistema social. Únicamente el reconocimiento de las temporalidades previas del sistema-mundo capitalista hace inteligible la actual producción de tiempo estructural: la acumulación de tales temporalidades obliga a la secuenciación de los diversos modelos que han logrado atrapar en una estructura dinámica de reproducción a la potencia social cuya constitución ontológica intentaba subalternizar, explotar y dominar. La temporalidad de la reproducción de la estructura del capital ha reposado sobre la elisión de las temporalidades diversas de las dinámicas constitutivas de la ontología de la subversión / liberación que ha atravesado la historia del capitalismo, es decir, de la modernidad. El tiempo de la estructura del capitalismo histórico es la historia de las intervenciones violentas del tiempo estructural de las disposiciones maquínicas de los dispositivos de explotación sobre los procesos de constitución de las composiciones de clase que parecían intelectual y políticamente coherentes en un momento histórico dado, y que apuntaban tendencialmente a formas virtuosas de poder constituyente. Esta intervención violenta ha supuesto una supeditación estructural del tiempo ontológico/político de los sujetos explotados/definidos al tiempo de la reproducción estructural del correspondiente ciclo sistémico de acumulación de capital. Estos tiempos comprimidos y destrozados por el proceso de estructuración del sistema-mundo capitalista reaparecen en cada ciclo histórico cuando la nueva composición de clase crea cortes/interrupciones en el funcionamiento sistémico del capitalismo: la emergencia de estos tiempos comprimidos constituye el tiempo de las ontologías derrotadas pero no vencidas de los sujetos constituidos y reproducidos en virtud de las dinámicas de reproducción del capitalismo. Una epistemología marxista debe integrar simultáneamente esta doble especificación espacio-temporal de la potencia de los sujetos sociales explotados y de la estructura reproductiva que lleva a cabo tal proceso de reproducción a escala social ampliada.

Me agrada pensar que la actual composición de clase hegemónica que intentamos pensar mediante el concepto de *general intellect* se complacerá con un modo geométrico de razonamiento que ajustará cada vez más su discurso a la potencia que despliega en el interior de los

procesos productivos y de constitución social, y cuya belleza matemática será el trasunto de su flexibilidad, de su eficacia y de su inteligencia subversiva que se traducirán en la fuerza imparable de su proyecto político. Pensar en los extremos, y no olvidar el símil del bastón. *The times are ripe, the future is open.*

INTELLECTUALIDAD DE MASAS: ANTAGONISMO, DIALÉCTICA, INMANENCIA.

En estos momentos estamos, pues, en condiciones de efectuar una primera demarcación respecto a determinadas categorías filosóficas de la modernidad, que nos permite seguir profundizando en las herramientas conceptuales y teóricas que la intelectualidad de masas debe emplear para cartografiar las formas de su antagonismo social y los dispositivos de construcción de sus dinámicas de poder constituyente. En este sentido, es preciso afirmar que la composición de clase definida por la categoría del general intellect opera únicamente mediante categorías conceptuales sobredeterminadas por el concepto de antagonismo. La coyuntura actual indica con precisión la necesidad de efectuar síntesis creativas con los materiales críticos producidos durante las últimas tres décadas que de nuevo denomino marxistas de modo deliberadamente provocador y en un sentido muy lato, siempre que (1) pueda rastrearse en los mismos una reflexión sólida sobre las dinámicas de dominación, explotación y subalternización social y que habitualmente van a incorporar instrumentos conceptuales y analíticos provenientes de tradiciones y disciplinas muy diversas, y (2) pueda detectarse en ellos un impacto epistemológico y político de la teoría marxiana/marxista strictu sensu, para construir una nueva teoría del capitalismo que integre conceptual y epistemológicamente en una nueva red de paradigmas los contenidos y las prácticas que las luchas y enunciaciones teóricas de los últimos años han hecho posible.

No existen para nosotros, sujetos hiperproletarios globales, categorías dialécticas puras, esto es, cerradas en la propia reproducción de una tensión irresoluble entre los elementos puestos en relación en cada una de las n_k -prácticas sociales, económicas o políticas o en el ajuste estructural que vincula a todas ellas en el proceso global de reproducción de la dominación; para nosotros la categoría de dialéctica se halla subordinada a la categoría de antagonismo, la cual sobredetermina el par dialéctico en un proceso de constitución que tiende a la reconstrucción intelectual del mecanismo de reproducción de la dominación y a la emergencia de un vector de fuerzas que busca el enfrentamiento para provocar la destrucción definitiva del sometimiento. Esto no quiere decir que la tensión dialéctica no exista en absoluto disuelta en la pura inmanencia de un sujeto que habría ya acumulado y ontologizado toda la potencia posible y que como un dios dormido o distraído esperase el momento propicio para expresar unilateralmente su esplendor. Si la dominación existe en un n_k -momento sincrónico del capitalismo histórico, entonces el momento antagonista debe integrar la tensión dialéctica que reproduce el enfrentamiento y lo resuelve en dominación en el momento de ruptura de la relación que apunta a un proceso constituyente que se reprograma para lanzar líneas de lucha que hagan saltar las condiciones de reproducción de la dominación. Así, pues, todo paradigma, propuesta intelectual o *constructo* teórico experimenta de acuerdo con nuestro tratamiento teórico un proceso de transformación que lo somete a la construcción de esta teoría del capitalismo sobredeterminada por la producción de la teoría del antagonismo que expresa la potencia de nuestra actual composición de clase. Si no logramos dar vida a proyectos políticos factibles que estén dotados de un enorme poder desestructurante, es que nuestros instrumentos intelectuales son todavía

demasiado toscos como para comprender la complejidad de la estructura social en la que nos movemos. No existen para nosotros teorías sistémicas, cíclicas, identitarias o teleológicas, sino fragmentos de análisis de la realidad que deben ser sometidos al proceso de producción teórico correspondiente para procesarlos en la mencionada teoría del antagonismo.

No somos sujetos que tienen la sensación de ocupar un no-lugar o que piensan en los rudimentarios términos de un éxodo que irremediamente remite a una experiencia tridimensional de la realidad social, sino una composición de clase sofisticada educada en la n-complejidad de la subsunción real de la producción informatizada y en la constitución social en la estructura₁ de estructuras₂ capitalista hipercompleja de producción de plusvalor y dominación de clase, que piensa en términos constituyentes dado que es capaz de imaginar la n-dimensionalidad de los procesos de constitución y explotación social, y la implosión de los nodos estructurales en los que se materializa la conectividad de la productividad de los procesos de producción social. Tendemos a construir una ontología de la producción subordinada a una ontología de la subversión, porque creemos que la riqueza del pensamiento crítico y la potencia de las luchas históricamente verificables de la fuerza de trabajo colectiva ofrecen material teórico y empírico suficiente para pensar la totalidad de los procesos de producción y para comprender los mecanismos últimos de su productividad social y, por consiguiente, las posibilidades históricas de su permutación de acuerdo con un proyecto político de transformación radical/destrucción del sistema capitalista. Tampoco somos multitudes, sino fragmentos de fuerzas de trabajo todavía heteróclitas cuyos procesos de sinergia se enfrentan únicamente a obstáculos derivados de la complejidad de la semiotización social de los procesos de explotación, y cuya puesta en red irremediamente golpeará en los nodos de la conectividad de la productividad del capitalismo histórico en un proceso complejo de cambio social global: somos líneas de potencia de una composición de clase en vías de provocar el *big-bang* subversivo de su poder constituyente, cuya red de circuitos revolucionarios trazará las órbitas de energía del futuro.

CAPITALISMO HISTÓRICO, MOVIMIENTOS ANTISISTÉMICOS, *GENERAL INTELLECT*, INTELLECTUALIDAD DE MASAS: LA F@BRICA Y LA SOCIEDAD.

La modernidad entendida en sentido lato (siglo XVI-siglo XX) coincide con el despliegue del capitalismo como sistema-mundo. Este conjunto de procesos históricos opera como matriz elemental para comprender la estructura social en la que se reproducen en la actualidad las relaciones y dinámicas de dominación en tanto que ésta ofrece a las relaciones capitalistas de producción toda una gama de posibles estrategias de explotación de los sujetos productivos insertos en las mismas. Al mismo tiempo, la unidad histórica del capitalismo histórico ha generado una estructura social cuyas pautas de comportamiento estructural resultan claves para comprender la existencia y explotación en la misma del antagonismo de clase cuya historia se halla definida por los sucesivos cortes que ha experimentado aquel a lo largo de su despliegue plurisecular. El funcionamiento sincrónico de esta estructura reproduce la condensación productiva de la variación de los modos de explotación del capitalismo desde el inicio de su constitución en el siglo XVI: el estudio del sistema-mundo en términos de sus secuencias históricas independientes (ciclos sistémicos de acumulación/modelización del sistema interestatal) es la tarea previa para comprender cómo funciona sincrónicamente la actual estructura social dada la composición de clase explotada en la misma. La tarea, pues, es definir una batería de conceptos para compren-

der la reproducción sincrónica de las relaciones de dominación/explotación como condensación estructural de toda la historia del capitalismo.

Esta tarea resulta esencial, porque proporciona a la actual composición de clase la posibilidad de leer la génesis de su historia en las modalidades de dominación que bloquean la constitución política de su potencia ontológica. Esta potencia ontológica es el resultado de todas las estrategias de resistencia y al mismo tiempo de autovalorización que han atravesado la modernidad y cuyo proceso de visibilización ha sido lento y ha estado sometido a ritmos de enunciación sobresaturados por la reproducción del capitalismo como sistema histórico. En este sentido, una teoría del capitalismo que tenga como unidad temporal su desarrollo desde el siglo XVI, y como unidad espacial su comportamiento a escala planetaria debe producir inexcusablemente y como síntesis de la teorización de ambos procesos una teoría de la estructuración social que haga inteligible cómo funciona el antagonismo de clase en el interior de una estructura social que se ha convertido en un mecanismo productivo y reproductivo dotado de una altísima eficacia sistémica a la hora de someter todos los procesos de constitución social a un diseño estratégico de producción de plusvalor/poder de clase, es decir, de dominación de la fuerza de trabajo colectiva y producción de subjetividad sometida. Esto significa que el capitalismo como sistema histórico consiste en un sistema social que ha sido tendencialmente estructurado por una dinámica de explotación/dominación que ha investido todo el proceso de estructuración social. Este proceso de estructuración social constituye un objeto teórico clave para entender el capitalismo, ya que constituye la condición de posibilidad del conjunto de sus procesos sociales, económicos, ideológico-culturales, militares y políticos que definen su existencia, los cuales para ser correctamente definidos en el momento actual precisan de tal definición de la estructura social en la cual se hallan inmersos, la cual define su eficacia, su pertinencia y su ajuste estructural en un mecanismo (re)productivo global. Es la historia del capitalismo la que a partir de 1848 ha sentado todos los elementos fundamentales para lanzar el proceso de síntesis estructural que Marx denominará subsunción real y que se hará realidad en el largo siglo XX, que arranca con la crisis de 1873.

El concepto que retrospectivamente permite analizar este proceso de subsunción es el concepto de estructura₁ de estructuras₂ (Spinoza/Marx/Althusser), dado que permite someter a las distintas prácticas sociales (entendidas en sentido onmicomprensivo) al proceso de producción específico constituido por la reproducción de la estructura social. Esta estructura₁ de estructuras₂ supone un proceso de producción inédito que históricamente coincide con la introyección del antagonismo de clase en el metabolismo mismo del capitalismo y por ende en el proceso de constitución social. El impacto de los movimientos antisistémicos en el capitalismo histórico a partir de 1848 explicita la condensación histórica de la inserción de las luchas, resistencias y procesos de constitución ontológica que podemos detectar desde la conformación de este sistema en el siglo XVI: el movimiento obrero indica un primer vector de constitución de los sujetos explotados por las relaciones de producción capitalistas que logran incrementar sustancialmente el grado de compresión de los procesos que hacen posible la reproducción sincrónica y diacrónica de su condición subalterna; los movimientos de liberación nacional y los movimientos feministas trazan un primer bosquejo de resistencia a la colonialidad del poder (sexismo/racismo) y una primera aproximación a la deconstrucción de las relaciones patriarcales que constituyen un rasgo primordial del capitalismo desde sus inicios como un sistema definido en términos raciales y sexistas, ya que abren la posibilidad real de pensar el racismo y la matriz patriarcal que han funcionado como codificadores de la preeminencia masculina/

eurocéntrica que marca la emergencia del capitalismo. El choque de estos movimientos sociales, nacionales y feministas sobre el capitalismo histórico inicia a partir de 1873 un proceso intensísimo de reestructuración social, ya que el antagonismo de clase (concepto que incluiría a los tres) se conforma como horizonte epistémico, ontológico y político dotado de una intensidad desconocida hasta ese momento.

La emergencia de la episteme marxiana constituye el acontecimiento político-intelectual mayor que indica las condiciones de posibilidad epistemológica de ese salto cualitativo de la potencia del antagonismo: desde entonces el concepto de lucha de clases operará como un atractor cada vez más potente del proceso de ontologización de un antagonismo que opera de modo cada vez más explícito y que procesa la crítica antirracista/feminista que trabajosamente empieza a dibujarse desde la segunda mitad del siglo XIX y a trazar los perfiles de procesos de subalternización/explotación hasta el momento privados de una entidad de masas suficiente para convertirlos en vector político de intervención. El antagonismo de clase comienza a operar como criterio primordial de estructuración social, y este proceso de estructuración se convierte en el arco histórico de la modernidad en el primer modelo histórico de introyección del mismo en la dinámica de constitución y reproducción del capitalismo histórico. Esta introyección del antagonismo modifica de raíz el conjunto de procesos de constitución de la sociedad: el proceso de producción/explotación de la economía-mundo capitalista y el funcionamiento del sistema interestatal que forma parte inherente del funcionamiento del capitalismo histórico, experimentan ambos un proceso de síntesis estructural intensísimo e inédito que tiene por objeto privilegiado los procesos de estructuración social sincrónicamente considerados. A partir de ese momento, los procesos históricos de la economía-mundo capitalista y del funcionamiento del sistema interestatal chocan de modo violentísimo y desconocido hasta la fecha con un antagonismo de clase que se convierte en dinámica privilegiada de constitución social. El sistema-mundo capitalista que hasta ese momento había operado endógenamente como modelo de estructuración social experimenta su primera crisis antisistémica grave: la respuesta a ella consiste en convertir las dinámicas de estructuración social en mecanismo privilegiado de producción cuyo principal input estratégico pasa a ser las dinámicas de constitución política de la fuerza de trabajo colectiva. La explotación del antagonismo de ésta pasa a ser la condición *sine qua non* de la existencia misma del sistema: la estructura social se convierte en un «sistema de máquinas» (Karl Marx, *Grundrisse* II, «Fragmento sobre las máquinas») que según su tendencia intrínseca debe ajustar todo el proceso de reproducción social a un modelo de explotación/dominación que haga realidad las dinámicas de explotación, dominación y subalternización que el capitalismo histórico había acumulado como rasgos estructurales estratégicos hasta principios del siglo XX. La prolongación de su existencia histórica exigía tal proyecto máximo de conversión de la estructura social en el sistema productivo privilegiado de sus propias condiciones de existencia. 1917 indica el momento emblemático de arranque de tal proceso.

Estos procesos están dotados de un gran espesor histórico y su trama define la textura misma del largo siglo XX: esto es, del ciclo sistémico de acumulación que arranca de la Gran Depresión de 1873-1896 (época de deflación generalizada, contracción de los beneficios empresariales y de crecimiento continuo de los salarios reales) y que experimenta diversas torsiones hasta desembocar en la situación de bifurcación histórica actual caracterizada por elevadas dosis de caos sistémico y turbulencia global, que están desencadenando otra onda intensísima de reestructuración y rearticulación de las dinámicas de explotación. En 1873 arranca la crisis de la hegemonía británica que tendrá por resultado una competencia interempresarial creciente,

una rivalidad interestatal cada vez más pronunciada que desembocara en la inestabilidad de los primeros años del siglo XX y en la Primera Guerra Mundial, y una explosión financiera centrada en torno a Gran Bretaña que apuntaló el declive de su hegemonía. Tras este primer conflicto bélico de alcance mundial el orden del siglo XIX estaba prácticamente desintegrado, mientras que el periodo de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial supusieron la quiebra definitiva de la hegemonía británica y la emergencia de la estadounidense. Este escenario geopolítico crucial fue conformado y se halló atravesado por la profunda y acelerada creación de una fuerza de trabajo multinacional cuya constitución alcanzó unas cotas de homogeneidad, estabilidad y persistencia social que definió de modo absoluto la política y la economía política del siglo XX. Antes de la Primera Guerra Mundial la clase obrera en los países del centro de la economía-mundo capitalista era una realidad social y política innegable y la marea de las revoluciones anticoloniales ya se cernía amenazante sobre los imperios coloniales viejos y recién conquistados por las potencias europeas. La primera fase de la crisis de la hegemonía británica se resuelve tras 1917 con una formidable ola revolucionaria que por primera vez en la historia suelta de modo inextricable la competencia entre las empresas capitalistas (que supone a su vez un conflicto agudísimo sobre las formas de organización de los procesos de trabajo), la lucha entre los Estados (que implica a su vez una crisis profundísima de las formas Estado vigentes en las diversas unidades políticas —metropolitanas y coloniales— del sistema interestatal) y la espectacular aparición de la lucha de clases que propicia con la Revolución bolchevique toda una serie de revoluciones socialistas y comunistas que se alarga hasta la Guerra civil española. La explosión financiera de la década final del siglo XIX y de los años que preceden a la Gran Guerra acompaña todo este proceso, cuya primera secuencia bélica tiene ya el carácter inequívoco de mundial. El circuito del capital-dinero y la guerra sueldan pues irremediabilmente esta primera fase y recorren como un hilo negro todo el proceso de transición hegemónica que se saldrá con el desplazamiento definitivo de Gran Bretaña de las palancas de poder mundial tras la Segunda Guerra Mundial. El hecho realmente decisivo es la violenta irrupción de las dinámicas sociales y políticas de la fuerza de trabajo colectiva en el momento mismo en el que se están conformando los vectores estructurales del ciclo sistémico de acumulación que se articulará mediante la introyección del antagonismo de clase en el circuito neurológico de la relación-capital y del capitalismo histórico. El carácter del conflicto es mundial (en contra de lo que había sucedido con la transición de la hegemonía holandesa a la británica cuyo desenlace se había dirimido en un espacio local: el océano Atlántico), es intrínsecamente social, ya que los conflictos de clase que se desencadenan en el proceso de transición tienen un impacto decisivo a la hora de definir el bloque social de la nueva hegemonía —clases trabajadoras en los países del centro de la economía-mundo, proletariados nacionales de las viejas colonias emancipadas— y constituyen un factor decisivo a la hora de estabilizar la situación de hegemonía en curso de estabilización. Además, en esta transición, el mecanismo de deflación supuso que la caída de rentabilidad de las empresas a finales del siglo XIX dio lugar a una intensa conflictividad laboral que se produjo tras el reconocimiento de ésta y que dio lugar a una intensa globalización del capital (sobre todo británico) e inmigración de la fuerza de trabajo global (sobre todo hacia Estados Unidos). En la hegemonía estadounidense, por el contrario, el conflicto interestatal (Vietnam), el conflicto social (ciclo de militancia obrera ligada al obrero masa) y la competitividad interempresarial (crisis de rentabilidad entre las economías del centro) preceden a la crisis de hegemonía y dotan a su desenlace de un componente social colocado ya en el centro de los mecanismos de ajuste estructural. En la década de 1970, la crisis inducida por la doble presión de las luchas obreras y

de los países del Tercer Mundo obliga al sistema a reaccionar con una política de austeridad que opta por el estancamiento y la inflación, difiriendo sustancialmente de la política deflacionaria utilizada en una coyuntura similar para resolver la crisis de la hegemonía británica a finales del siglo XIX. Por lo demás, la secuencia de caos sistémico que la relación-capital lanza en las últimas dos décadas del siglo XX opera con la consabida financierización de la economía, la destrucción del bloque social hegemónico que había logrado estabilizar el actual ciclo sistémico de acumulación, y con la polarización de riqueza consiguiente que tal escenario lleva aparejado, poniendo a prueba de nuevo un mecanismo sistémico ya utilizado con las transiciones de la hegemonía holandesa a la británica y de ésta a la estadounidense: en la primera se integró en el sistema capitalista a las burguesías colonizadoras de las Américas y a las clases medias propietarias, mientras que en las segundas fueron integradas las clases obreras del mundo occidental y las élites occidentalizadas del mundo no occidental. En ambos casos, la mayoría de la población del planeta quedó excluida del bloque social hegemónico que pudo participar de la expansión material de la economía-mundo capitalista en el subsiguiente ciclo sistémico de acumulación.

La modernidad en sentido estricto (1848-1968) supone, pues, el primer modelo histórico acabado de introyección del antagonismo como dinámica clave de estructuración social para contener un antagonismo de clase que está comenzando a experimentar dinámicas de constitución política tremendamente ricas y violentas que arrancando de 1848 llegarán hasta 1968. La mutación inducida por el ciclo productivo subversivo del antagonismo dentro de la estructura de la relación capital (1873-1968) y la reestructuración subsiguiente de la misma (1968-1989-2005) es lo que ha alterado radicalmente las formas de lo que se ha dado en llamar modernidad. La ruptura modernidad/posmodernidad describe el primer ejemplo histórico de explotación/introyección del antagonismo de clase, de constitución de la sociedad del capital a partir de las dinámicas de éste y de reestructuración de ésta en virtud de las respuestas estructurales estratégicas que una relación de fuerza desfavorable a la fuerza de trabajo colectiva ha permitido al sistema-mundo capitalista: la posmodernidad indica el vacío temporal en el que se encuentra el proceso histórico de cartografía de la dominación tras un ciclo completo de estructuración/reestructuración del capitalismo histórico y de la estructura social concomitante que ha operado como sistema de máquinas productivas privilegiado de codificación del antagonismo, definición de las dinámicas de acumulación y organización de las formas políticas correspondientes. En este sentido, cualquier diagnóstico de la situación actual debe tener en cuenta los ciclos históricos del antagonismo y el impacto de su potencia en un sistema socio-económico que hasta ahora ha logrado explotarlo de un modo cada vez más profundo y sofisticado, pero simultáneamente perdiendo toda capacidad endógena de constitución al margen del mismo. La modernidad, pues, surge cuando el capitalismo histórico experimenta el primer choque de envergadura de los movimientos antisistémicos y reorienta su dinámica productiva desde la producción de mercancías, la acumulación de capital, y la gestión de la forma-Estado hacia el tratamiento productivo de la totalidad de los procesos de constitución de la sociedad mediante un diseño de la estructuración social que se convierte en el mecanismo privilegiado de definición y posibilidad del conjunto de sus dinámicas históricas puestas a prueba hasta la fecha. La sociedad, concepto espurio donde los haya, se convierte en la estructura₁ de estructuras₂ que hace posible la existencia misma del capital como relación social. La reproducción de esta estructura compleja es la condición de posibilidad de la existencia misma del capitalismo, ya que constituye (1) el mecanismo de explotación del antagonismo como red de dinámicas que permiten a esta relación de dominación constituirse y reproducirse como tal, y (2) la condición

elemental del sometimiento diferencial de toda n_k -práctica social a un diseño estratégico de dominación/explotación que tiene una vocación de exhaustividad muy alta, dado que la introyección del antagonismo de clase en la dinámica misma de constitución social y estructuración de la relación-capital ha acelerado también tremendamente las dinámicas de ontologización y constitución política de las clases dominadas y de los sujetos sometidos.

El primer periodo de introyección del antagonismo (1917-1968), que coincide con el ciclo del obrero masa fordista y con la promesa de desarrollo para la fuerza de trabajo de la periferia de la economía-mundo capitalista, supuso un salto formidable en la producción intelectual concebida para comprender el capitalismo entendido en el sentido más proteico del término: 1968, como punto de ruptura de este primer ciclo, verifica una síntesis extraordinaria en la teorización marxista (por primera vez el marxismo se convierte en herramienta conceptual de masas con un impacto fortísimo en las epistemes dominantes una vez superada la codificación de la que había sido objeto por la primera ola de movimientos antisistémicos), en la teoría feminista y en la teoría de la colonialidad del poder: por primera vez, se hace posible concebir epistémica y políticamente un proyecto de masas de investigación materialista que coloca el capitalismo como objeto privilegiado de estudio susceptible de ser comprendido en términos de la constitución ontológica de los sujetos antagonistas productivos que son explotados por él mismo. El impacto de la reestructuración de la economía-mundo capitalista, en virtud de una red de procesos que todavía tienen que ser estudiados, hace saltar este círculo virtuoso de investigación intelectual, retroalimentación ontológica de los sujetos y constitución política de las clases dominadas como sujetos políticos: el campo intelectual antagonista, que ha elaborado una espléndida cartografía de las cuestiones cruciales que deben ser abordadas, resulta literalmente pulverizado por una suerte de suicidio intelectual de masas durante la década de 1980, cuyas causas remiten al corazón mismo de los procesos de estructuración social como proceso sobresaturado por el antagonismo y la lucha de clases a escala del sistema-mundo capitalista.

Volvamos, sin embargo, al proceso de emergencia de la estructura₁ de estructuras₂ como proceso de cierre del capitalismo histórico en su proceso de explotación de la fuerza de trabajo colectiva. La cuestión esencial es analizar por qué y cómo el funcionamiento de la economía-mundo capitalista y del sistema interestatal correspondiente al arco de su desarrollo se doblan sobre sí mismos para producir esta otra dimensión productiva de la existencia social que produce mutaciones de tal envergadura en el funcionamiento de las sociedades contemporáneas. ¿Por qué la modernidad debe recurrir a esta hipertrofia productiva de toda la estructura social, que se convierte en el mecanismo más sofisticado y complejo de producción? ¿Por qué la reproducción de la estructura social se convierte en la condición esencial e inexcusable de existencia de toda práctica social, y cómo logra la relación-capital acometer con éxito tal estructuración sobrecodificada según las dinámicas que el capitalismo histórico había puesto a prueba durante los últimos cuatrocientos años de existencia del sistema? Cuando este proceso de introyección del antagonismo de clase (antirracista, antipatriarcal) logra estabilizarse (fordismo/desarrollo) (1968), la propia estructura ya ha logrado modificar su constitución material y su perfil de funcionamiento estratégico según la codificación precisa de la lucha de clases, dado que mientras aquella explota el antagonismo (1) acumula simultáneamente plasticidad estratégica para capturar las modificaciones y mutaciones que experimenta la inserción en su mecanismo de explotación de la tendencia a la constitución política de la ontología de la subversión de los sujetos productivos, y (2) hace mutar también la cualidad del output primordial que produce tal «sistema de máquinas»: éste es uno de los mecanismos clave que explica el proceso de lingüis-

tificación de la actividad económica y la emergencia como composición de clase de la intelectualidad de masas, cuya figura social y productiva se condensa en torno al concepto marxiano de *general intellect*.

El control del antagonismo de los sujetos productivos y de sus dinámicas endógenas de constitución política dentro de la estructura₁ de estructuras₂ —que durante la primera ola de movimientos antisistémicos había demostrado que podía desplegar una potencia indudable— se convierte en una tarea tremendamente complicada, en la medida que el proceso de estructuración que lo explota se convierte para la fuerza de trabajo colectiva en posibilidad objetiva de acumulación de antagonismo, de enunciación teórica crítica y de organización política de clase, lo cual afecta a los procesos mismos de constitución de la sociedad en virtud de las dinámicas de autovalorización que tales dinámicas posibilitan a escala de la economía-mundo capitalista. Esta red de procesos es la que debe hacerse que colapse mediante una mutación brusca de las dinámicas de explotación y, por lo tanto, de estructuración. El sistema de máquinas que posibilita ésta última muta la dinámica global de la reproducción.

El concepto de estructura₁ de estructuras₂, susceptible a mi juicio de explicar este mecanismo productivo de la estructuración social, no tiene nada que ver con las epistemologías estructuralistas, o peor aún positivistas o funcionalistas, pero tampoco con los modelos rizómicos o en red. Se trata, por el contrario, de un concepto mucho más complejo que procesa el impacto del antagonismo de clase sobre los dispositivos del capitalismo histórico según un proceso que priva a éste de su contenido dialéctico en la medida en que el antagonismo se acumula a partir de los procesos y mecanismos que el capitalismo emplea para conseguir asintóticamente su reproducción en condiciones cada vez más sólidas de constitución política de los sujetos productivos: aquí se halla la raíz última del conjunto de procesos de inmanencia que definen la fenomenología de los comportamientos de clase contemporáneos y al mismo tiempo el modelo de existencia y comportamiento de la realidad social. La intelectualidad de masas surge como resultado de la variación de la mercancía estándar (que a partir de ahora tiene el carácter de flujo/output) que debe producir la estructura₁ de estructuras₂, capitalista que tiende a que coincidan el proceso de acumulación de capital con el proceso de reproducción social de las condiciones de explotación: el flujo/output estándar medio tiende a incorporar un contenido tendencialmente mayor de todos los flujos que conforman la existencia social de los sujetos productivos. El proceso de producción, por consiguiente, se densifica tremendamente al incorporar a su composición material una cantidad de flujos no materiales que deben aparecer en la composición media de la mercancía en tanto que el proceso de producción *strictu sensu* cada vez tiende a presentar una homología estructural más notable con la estructura de poder que permite la existencia de los prerequisites sociales de su constitución productiva. El cierre de un n_k -proceso de producción exige un n_k -tratamiento productivo para que aquél sea posible en términos estrictamente económicos, que se efectúa mediante su inserción en la estructura₁ de estructuras₂ de poder/explotación de clase que es ella misma un mecanismo hipercomplejo de tratamiento y explotación del antagonismo de clase que está operando a escala de la totalidad de la economía-mundo capitalista. El trabajo inmaterial es el contenido invertido del antagonismo de clase explotado y utilizado productivamente por la relación-capital tras el ciclo del obrero masa multinacional.

El capitalismo histórico ha intentado durante el largo siglo XX sustraerse al máximo de este complejo tratamiento productivo de la fuerza de trabajo para convertirla en una mercancía susceptible de explotación en el circuito económico y político: ha explotado el antagonismo

de clase justo hasta el límite de lograr extraer vectores de estructuración/acumulación (fordismo/posfordismo), optando inmediatamente por un bloqueo de la tendencia de éste a colocar el proceso de producción en un plano altísimo de antagonismo potencial y de eventual subversión que en ocasiones ha rozado posibilidad de la desestructuración pura y simple de su modelo social. La intelectualidad de masas es el resultado de la respuesta del capitalismo histórico, concretamente de la ordenación maquina del proceso de explotación tras la primera fase del largo siglo XX (1873-1945), al proceso asintótico de incremento de autorreflexividad política de la composición de clase que conforma su ciclo de acumulación/estructuración, y de la incorporación del conocimiento y de los recursos productivos a una fuerza de trabajo que debe incrementar y densificar la utilización de elementos cognoscitivos, lingüísticos y científicos en un proceso de expansión máxima del antagonismo: el contenido inmaterial del trabajo es el corolario de una ontología de la subversión —articulada mediante un conjunto de dinámicas de autovalorización proletaria tremendamente potentes e históricamente verificables— que, sin embargo, ha sido hasta el momento explotada dentro de la estructura productiva del capitalismo histórico realmente existente. No hay en este proceso ninguna teleología espuria del progreso científico ni la creencia implícita en que su incorporación concomitante al proceso productivo responda a los imperativos dictados por un proceso de racionalización neutra del mecanismo económico: se trata, por el contrario, de las necesidades políticas dictadas por un tratamiento integral del antagonismo de clase que llega a convertirse durante la primera fase del largo siglo XX en el *input* privilegiado del proceso de estructuración social y acumulación de capital. El cruce de estas dos asíntotas —autorreflexividad política de los movimientos antisistémicos y de los sujetos productivos, y producción por medio de conocimiento, ciencia y lenguaje— define el contenido de una composición de clase multinacional, cuyas dinámicas endógenas de subversión deben ser objeto de ataque y bloqueo por la estructura₁ de estructuras₂ de la relación-capital: el trabajo inmaterial es el nombre incompleto de un proceso laboral que trasciende absolutamente la fenomenología de lo que ocurre en el proceso de trabajo individual, que objetivamente aparece caracterizado por una mayor incorporación de elementos lingüísticos, cognoscitivos, y científicos encarnados tanto en el sujeto productivo como en el sistema de máquinas e instrumentos utilizados en la producción, pero cuyo plano fundamental se halla constituido por la inserción de ese n_k -proceso de trabajo individual en un proceso mucho más amplio de producción a través del cual se incorporan al mismo *inputs* esenciales producidos en otros $(n-k)$ -espacios estructurales de poder que son heteróclitos con respecto al n_k -proceso de producción considerado habitualmente por la ciencia económica, pero que resultan esenciales de acuerdo con el complejo dispositivo de tratamiento del antagonismo que rige las disposiciones estructurales del capitalismo.

La cuestión esencial, por consiguiente, es cómo teorizar la productividad de la $f@$ brica y la sociedad: ¿qué es exactamente y de qué material está fabricado este sistema de máquinas (estructura₁ de estructuras₂ de explotación y dominación de clase) analizado por Marx en el celeberrimo fragmento sobre las máquinas de los *Grundrisse* que condensa de forma deslumbrante las tendencias histórico-estructurales del capitalismo histórico y del antagonismo y la lucha de clases, la emergencia del *general intellect* como figura tendencialmente hegemónica de la fuerza de trabajo colectiva y de la subsunción real de la sociedad en la relación-capital, en un proyecto intelectual y político absolutamente inescindible por sus implicaciones revolucionarias? Marx obviamente piensa en el enriquecimiento del antagonismo, que él prevé exponencial, dentro de un sistema histórico complejo que debe incorporar éste según un modelo que tiende irremedia-

blemente a mayores cotas de enfrentamiento sistémico, subjetivo y político; entiende que el enfrentamiento operará para las clases dominadas alrededor de una intensificación de su potencia productiva que se materializará en la propia composición técnica y política subjetiva/colectiva de los sujetos proletarios (*general intellect*), quienes experimentarán un proceso irresistible de endogenización de las exigencias intrínsecas de liberación que les obligará a deconstruir las propias relaciones de poder —que atraviesan sincrónicamente sus procesos de existencia social— producidas y recreadas diacrónicamente por el capitalismo histórico, en un proceso discontinuo de expulsión de las fronteras del racismo y del sexismo que son consustanciales al mismo. Respecto a las clases dominantes, Marx piensa por el contrario, que el enfrentamiento tenderá a girar alrededor de la intensificación del proceso de producción capitalista, que considera como el lugar privilegiado de condensación del capitalismo histórico según un esquema que siempre opera a escala de economía-mundo, que obligará a incrementar exponencialmente los sistemas de máquinas de segunda generación, que son precisamente las concatenaciones de las máquinas sociales que definen el tejido (re)productivo de la subsunción real. En este sentido, podemos hablar de máquinas y sistemas de máquinas de primera generación, que transforman la materia por medios mecánicos, químicos, eléctricos, electro-magnéticos o informáticos, y de máquinas y sistemas de máquinas de segunda generación, que transforman procesos productivos y sociales de acuerdo con una lógica compleja de estructuración concebida para reproducir la dominación de la fuerza de trabajo colectiva como cierre ontológico represivo y sistémico de un antagonismo insuprimible que tiende irremediamente a la emergencia ontológica, epistémica, y política de sus dinámicas históricas de liberación. Para Marx, pues, el concepto de subsunción real está integrando simultáneamente (1) las tendencias del capitalismo histórico, (2) la síntesis retrospectiva y la proyección prospectiva del antagonismo de la fuerza de trabajo colectiva y (3) el salto o saltos sucesivos de la productividad social que el capitalismo deberá experimentar para contener la red de procesos de constitución del sujeto revolucionario. Las sucesivas revoluciones científico-tecnológicas y su imbricación con el proceso de acumulación de capital únicamente cuentan, tal y como son descritas por la ciencia económica convencional, la historia de las máquinas de primera generación (internet incluida), las cuales constituyen la infraestructura necesaria para aplicar a los procesos sociales desencadenados por los diversos ciclos antisistémicos antagonistas de acumulación las máquinas de segunda generación que hacen posible la estructuración de toda n_k -práctica social, en virtud de un proceso de producción mucho más complejo, ya que operan con *inputs*, procesos y recursos que tan solo son visibles desde la perspectiva de la composición de clase, los ritmos del antagonismo, y las dinámicas de semiotización subversiva que el trabajo vivo efectúa de la realidad social.

Marx decía que la principal fuerza productiva era la clase revolucionaria: tal vez sea este apotegma la verdad última del marxismo y del capitalismo, pero resulta obvio que tal red compleja de procesos de constitución revolucionaria constituye el *input* privilegiado que debe ser procesado, tratado y transformado por el sistema de máquinas de la subsunción real durante el largo siglo XX. Marx obviamente piensa que el capitalismo existe, y que este proceso de explotación de segunda generación del antagonismo de clase que literalmente permite a la relación-capital cartografiar sus procesos de estructuración/acumulación, y que dobla la explotación económica de la fuerza de trabajo proletaria, supone también una lucha feroz sobre los contenidos y procesos de socialización del *input* antagonismo de clase y de los procesos de estructuración concomitantes que multiplican la explotación a medida que socializan la riqueza ontológica de la fuerza de trabajo colectiva en beneficio del capital. Este proceso de apropiación

ción, forzosamente inestable dada la existencia de un antagonismo que aún siendo explotado no deja de llevar a cabo un conjunto complejo de procesos de enunciación y semiotización de sus condiciones de existencia social, deja continuamente abiertos puntos de arranque de líneas de fuga que pueden convertirse en procesos parciales de autovalorización: *the linguistic turn* de los procesos de producción es resultado de esta presión continua del antagonismo de clase que ha logrado históricamente desplazar la acumulación de la riqueza productiva social hacia la autovalorización de la composición técnica y política del trabajo vivo, de la fuerza de trabajo colectiva, desplazándolo en parte del sistema de máquinas de primera generación que ha definido las dos últimas revoluciones tecnológicas (químico-eléctrica e informática). El problema crucial, sin embargo, es comprender cómo el antagonismo de clase es explotado mediante el proceso de estructuración social gracias a ese sistema de máquinas de segunda generación que es la estructura₁ de estructuras₂, y al mismo tiempo logra generar procesos de constitución política que le permiten comprender y controlar la reproducción del proceso social en tanto que su autovalorización se conforma tendencialmente como una red de microdispositivos de poder constituyente que operan o pueden operar de modo simultáneo en los nodos de codificación estructural de las condiciones de posibilidad de la explotación que produce el sistema, y que es susceptible de bloquear su acoplamiento productivo y de definir n- diagramas posibles de nuevos modelos de concatenación de los procesos productivos de primera y segunda generación que posibilitarían la acumulación del antagonismo en n-microdispositivos estructurales que pueden iniciar n-ciclos autónomos de constitución social subversiva. La subsunción real marxiana, por lo tanto, supone el cruce de dos procesos asintóticos que llegan a su madurez operativa en el ciclo sistémico de acumulación del largo siglo XX y que ajustan estructuralmente de modo tendencialmente integrado (1) el proceso de constitución maduro del mercado mundial con toda la fenomenología de comportamientos de la economía-mundo capitalista, y (2) la implementación del primer ciclo de explotación del antagonismo de clase por la estructura₁ de estructuras₂ de la relación capital mediante su introyección en el ritmo de estructuración social, que supone todo un juego de producción de espacio estructural que resulta esencial para orientar las estrategias antagonistas de los sujetos productivos.

La característica esencial de éste último es que define un espacio n-dimensional en el que se produce una concatenación novedosa de los n-procesos de producción social. Utilizamos el concepto de producción en el sentido marxiano/leniniano del término, es decir, el proceso mediante el cual una n_k-práctica social cualquiera puede experimentar un n_k-proceso de integración productiva según un modelo complejo de integración en su flujo/output de dinámicas sociales que son invisibles para el cálculo económico y no digamos político de las epistemes dominantes, pero que resulta crucial para comprender la producción de plusvalor, de poder de clase y de subjetividad sometida de una composición de clase dada en un n_k-momento histórico determinado, y que son el resultado estricto de un n_k-proceso de producción. El concepto de estructura₁ de estructuras₂ define en su interior un espacio n-dimensional resultado de la concatenación de los n-espacios estructurales de poder que definen la existencia social de una composición de clase y que históricamente se ha conformado durante el ciclo antagonista del obrero masa y la emergencia tendencial del obrero social, de la intelectualidad de masas que despliega su antagonismo de forma visible desde 1968. La productividad de esta red de n-espacios estructurales de poder que conforma cada una de las estructuras₂ que son ordenadas por la estructura₁ radica en la calidad de los flujos/outputs que producen y que pueden incorporarse a otros flujos/outputs de procesos productivos aparentemente heteróclitos, pero que resultan

consustanciales desde el punto de vista de la producción de los flujos/output de poder que definen y conforman la realidad de la dominación y la explotación: así un n_k -flujo/output racista o sexista resulta esencial para cerrar un proceso de explotación económico *strictu sensu*, aunque su producción, que tiene una larga genealogía, no entre obviamente en el cálculo de costes de la empresa que abarata sus precios hiperexplotando mano de obra inmigrante o femenina; o, más exactamente, puede afirmarse que todo flujo/output producido dentro de la estructura social capitalista tiene un componente sexista/racista que forma parte de su composición como mercancía que circula y se realiza en el mercado; o el flujo/output «enunciación científica» de la independencia de los bancos centrales como autoridades que tan solo rinden cuentas a los mercados financieros internacionales resulta crucial en un n_k -momento histórico para hacer posible una estrategia dada de acumulación de capital a escala mundial; o un flujo/output estético pasa a formar parte de la producción de la subjetividad obrera necesaria para implicar a la fuerza de trabajo en un proceso de creación de valor en un entorno laboral tendencialmente sobresaturado por comportamientos afectivos cuya ausencia dificulta si no imposibilita el cierre de producción de plusvalor; etc., etc., etc. La definición de este mecanismo productivo que explota la actual composición de clase definida tendencialmente por la existencia de la intelectualidad de masas (*general intellect*) resulta esencial, porque pone en evidencia que el proceso de explotación de la misma puede jugar con el diferencial fenomenológico de las diversas formas de existencia social y con la incomensurabilidad aparente de los n -procesos de producción existentes de acuerdo con su codificación por las epistemes dominantes de análisis social o por las máquinas de enunciación ideológica que operan para pulverizar la conexión productiva que experimentan modos aparentemente heteróclitos de existencia social/explotación económica en un proceso único de estructuración del poder de clase y reproducción de la estructura social. La unidad de producción elemental de este sistema de máquinas complejas es el n_k -flujo/output de plusvalor/poder de clase cuyo contenido material expresa la nueva composición social del proceso de producción que tiene lugar en la subsunción real, y que históricamente adquiere un estadio de madurez durante el largo siglo XX y se estabiliza alrededor de 1968. Para la actual composición de clase resulta crucial analizar (1) qué es hoy en el capitalismo actual una *mercancía*, cómo se produce y qué elementos la componen tanto desde el punto de vista de los *inputs* que la integran como de los tipos y modalidades de trabajo que hacen posible su existencia social y su validación en los nuevos circuitos estructurales de producción de plusvalor y poder de clase; y (2) cuál es su proceso de producción y circulación dentro del sistema de máquinas de segunda generación que conforman la estructura₁ de estructuras₂ que explota la totalidad de los procesos de constitución social, producción económica, enunciación discursiva e ideológica y constitución política. En este sentido, la unidad productiva elemental de una máquina de segunda generación es, como mencionamos anteriormente, el n_k -espacio estructural de poder, cuya inserción en la estructura₂ correspondiente es absolutamente compatible con las restantes unidades que constituyen en un momento histórico determinado la arquitectura de la misma y cuyos flujos/outputs pueden integrarse automáticamente en cualquier n_k -proceso de producción de plusvalor/poder de clase que conforma una n_k -cadena de producción cualquiera. La arquitectura interna de tales estructuras₂ y la interrelación de éstas mediante el trabajo de la estructura₁ define la consistencia del *espacio n-dimensional* en el que operan los sujetos productivos, y en general los sujetos sociales, y en cuyo interior se producen los procesos de producción y concatenación productiva, de subjetivación, de desagregación de clase y de enunciación social, ya que su consistencia material está constituida por la circulación de los flujos/outputs mencionados,

que simultáneamente producen mercancías, enuncian la realidad, y efectúan procesos de constitución de los sujetos sociales según la lógica de n -procesos de combinación de los mismos que los sujetos productivos efectúan según secuencias tremendamente variadas, pero que operan mediante combinaciones finitas de $(n-k)$ -flujos/outputs de plusvalor/poder que enuncian las condiciones de la dominación, si no logran incorporar a este mecanismo enunciativo $(n-k)$ -flujos/outputs antagonistas que distorsionan o bien imposibilitan que se enuncie y reproduzca una n_k -situación de dominación.

El proceso es demasiado complejo para exponerlo aquí en toda su extensión, pero resulta obvio que su funcionamiento disuelve todas las aparentes paradojas y aporías irresolubles que de modo sorprendente las teorías posmodernas parecen identificar alborazadas en las denominadas narrativas de la modernidad. Las diatribas sobre el dentro y el afuera, sobre el no-lugar de las formas sociales, sobre lo inconmesurable, y sobre las mutaciones que han experimentado los procesos de subjetivación, las nuevas formas de soberanía y los nuevos modelos de estatalidad deben tener irremisiblemente en cuenta estas nuevas formas de productividad social a las que el antagonismo de la fuerza de trabajo colectiva ha obligado a los mecanismos de estructuración de la relación-capital que han constituido el capitalismo histórico. Diatribas que resultan, por otro lado, un tanto ingenuas para los sujetos antagonistas que hemos tenido que comenzar a cartografiar la dominación de clase durante la década de 1980, dado que nuestra supervivencia intelectual y política dependía de modo crucial de la superación de estos falsos problemas que la propia realidad de la dominación hacía saltar por los aires continuamente. La consistencia y la nueva productividad que se condensa en este espacio n -dimensional de la estructura₁ de estructuras₂ analizada puede operar también como espacio n -dimensional de constitución subversiva y poder constituyente según un conjunto complejo de procesos de enunciación, agregación de clase y generación de prácticas de organización que haga posible otros juegos de destrucción/concatenación de los n -espacios estructurales de poder y , en general de los n -flujos/outputs subversivos generados en los mismos por los sujetos proletarios antagonistas, que pueden convertirse en espacios estructurales de producción de prácticas subversivas y , por consiguiente, de flujos/outputs que pueden circular con ese contenido por los circuitos y redes de producción y enunciación social.

En este sentido, la teorización de la estructura₁ de estructuras₂ de explotación/poder de clase y del nuevo concepto de producción, que ha adquirido una realidad irreversible desde 1968, obliga a pensar la teoría del espacio de acuerdo con la potencia antagonista de la nueva composición de clase del obrero social, de la intelectualidad de masas. La reproducción de esta estructura₁ de estructuras₂ integra en su proceso de reproducción la producción de espacio, la producción de naturaleza y la producción de n -dimensionalidad generada por la concatenación de los n -espacios estructurales de poder que definen las actuales formas de productividad social como un proceso único de explotación del antagonismo de clase. Resulta epistemológica y políticamente imposible construir una teoría marxista del poder sin integrar en la misma la *espacialidad* de los procesos de producción, de compactación de clase, de subjetivación y de enunciación, es decir, sin dotarla de la correspondiente teoría del espacio que capte la materialidad de los procesos de acumulación de capital y poder de clase. Es imposible, por ende, utilizar el concepto de biopoder o biopolítica sin construir simultáneamente una teoría de la producción de espacio y de naturaleza, y sin dotarse de una teoría de la producción de la espacialidad que ha generado históricamente la gestión de los sujetos productivos y de la potencia subversiva de éstos por las sucesivas mutaciones del capitalismo histórico, es decir, epistémica, teórica y po-

líticamente vinculada a la teoría de la producción de plusvalor y poder de clase, y por ende a la teoría de la estructuración social como mecanismo complejo de la productividad social puesto a punto durante el largo siglo XX. En la actual estructura₁ de estructuras₂ de poder/explotación de clase el concepto de espacio experimenta una doble torsión generada por el mecanismo productivo que combina los $(n-k)$ -procesos de producción social implicados en cada uno de los n_k -procesos productivos que cierran un ciclo de acumulación de capital, poder de clase y producción de subjetividad validado socialmente. La reproducción de tal estructura₁ de estructuras₂ produce simultáneamente naturaleza, espacio, y territorio, y al mismo tiempo somete la existencia productiva de tales *constructos* a su inserción en el espacio n -dimensional en el que se ubica el ajuste último de la producción social en su conjunto. Esto quiere decir que este espacio n -dimensional es en estos momentos el que hace inteligible en último término la realidad de los procesos de espacialización y producción de naturaleza, que a su vez son consustanciales a la reproducción de los procesos matrices de acumulación de capital, poder de clase y producción de subjetividad. En la subsunción real, el espacio físico se hace ininteligible si no tiene en cuenta el tratamiento productivo que experimenta el antagonismo de clase como mercancía privilegiada que debe ser objeto del proceso de explotación/dominación que hemos denominado de segunda generación, y que posibilita el proceso mismo de expansión de la relación-capital y de estructuración social; lo mismo acontece con el llamado espacio virtual, que a su vez extrae algunas de sus características del conjunto de procesos que definen la n -dimensionalidad del poder de clase. Así, pues, el espacio n -dimensional de las concatenaciones productivas que explotan el antagonismo de clase somete a los n -procesos de espacialización/territorialización a un proceso de producción que lo subordina al diseño estratégico estructural de la reproducción de plusvalor/poder de clase/ estructuración social: la cuestión clave es cómo pensar simultáneamente los n -procesos de estructuración social como n -procesos de espacialización al mismo tiempo que tales n -espacios se hallan constituidos por la arquitectura de los $(n-k)$ -espacios estructurales de poder que intervienen en el n_k -proceso de producción social del cual el espacio concomitante es uno de sus *outputs* insuprimibles y simultáneo. No basta, pues, con relacionar la producción de espacio/territorio con los procesos mismos de acumulación de capital/poder de clase; tal prevención epistémica es condición necesaria pero no suficiente para acometer un análisis marxista de la realidad social actual, ya que opera únicamente, por decirlo así, con las tres dimensiones de la realidad física, cuando por el contrario la actual composición de clase tiene necesidad de pensar un espacio complejo que integre la configuración de su constitución social en las $(n-k)$ -dimensiones que conforman cada n_k -práctica o proceso de existencia social y que posibilitan en definitiva el proceso de producción en el que aquella es explotada. Es el propio concepto de producción vigente en la actualidad, y que hemos pergeñado anteriormente, el que nos exige pensar de modo complejo qué es el espacio en las actuales condiciones de estructuración y existencia social. En consecuencia, los procesos de cartografía social deben operar en $(n-k)$ -ejes de coordenadas en los cuales se analiza el espacio como resultado de los procesos de acumulación de capital/poder de clase y como conjunto de n -flujos/outputs, que concurren para ubicar ese espacio en la n -dimensionalidad definida por las n -concatenaciones y acoplamientos de los espacios estructurales de poder que definen la arquitectura productiva de los procesos de (re)producción y estructuración social.

Las formas de soberanía y la forma-Estado han experimentado también un proceso homólogo de subsunción en el ciclo reproductivo de la relación-capital, pudiendo definirse el conjunto de aparatos legislativos, judiciales y administrativos como una red de n -espacios estructura-

les de poder que son susceptibles de experimentar acoplamientos y activaciones diversas según modalidades complejas de disposición estratégica que siempre codifican el grado de enfrentamiento existente a escala de la economía-mundo capitalista y en el interior de cada uno de los Estados-nación que constituyen el sistema interestatal. Las metáforas de la soberanía popular, de la representación política y de la voluntad general se habían hecho añicos el primer tercio del siglo XX, a pesar del canto del cisne que experimentaron a modo de coda posmoderna entre 1945 y 1973. Si la socialidad de las sociedades capitalistas se define por la existencia de una estructura de procesos de producción que tendencialmente sobresaturan con flujos/outputs de plusvalor/poder de clase todo punto de enunciación social, y por la red de procesos de constitución del antagonismo como conjunto de dinámicas de producción de una potencial politicidad al margen del concepto de representación política democrático-formal, entonces del concepto de representación política y de soberanía popular tan solo queda el caparazón que permite contener una lógica sistémica de producción de poder de clase que se mantiene entre otras cosas mediante la producción del flujo/output legitimación política, que se fabrica mediante el tratamiento específico de determinados procesos de producción que se denominan públicos o administrativos porque carecemos de una teoría consistente de la acumulación de capital en particular, y del capitalismo en general. Aquí radica la crisis de la representación política verificable en las sociedades capitalistas que todavía coquetean con este concepto, ya que en la periferia y en buena parte de la semiperiferia de la economía-mundo capitalista la democracia formal, la soberanía popular y la estatalidad han sido reducidas de modo contundente al modelo maquínico de subsunción de la actividad legal-administrativa a los imperativos de la explotación de todos los recursos en función de las exigencias de valorización del capital y de las necesidades geopolíticas de las potencias hegemónicas del sistema interestatal.

CAPITALISMO, GUERRA, VIOLENCIA Y ESTABILIZACIÓN DE LA EXPLOTACIÓN.

Otro plano de conceptualización crucial de la composición de clase que responde a la intelectualidad de masas verificable en la actualidad es la teorización de la relación histórico-estructural existente entre capitalismo, guerra y violencia. Desde un punto de vista histórico, se verifica la creciente introyección de la violencia en el funcionamiento sistémico del capitalismo: la secuencia de guerras mundiales que jalonan cada una de las transiciones que posibilitan la emergencia de una nueva potencia hegemónica desde el siglo XVI —Guerra italiana de los cien años en la transición a la hegemonía genovesa, la Guerra de los Treinta Años en la transición a la hegemonía holandesa, las Guerras napoleónicas en la transición a la hegemonía británica— alcanza su expresión más virulenta en la guerra civil europea (1914-1945), que convierte a la lógica de guerra en criterio estratégico fundamental de funcionamiento frente a un antagonismo de clase que, como indicamos anteriormente, se ha convertido, tras la introyección del obrero masa multinacional en el metabolismo de la relación-capital, en el motor mismo de los procesos de acumulación y estructuración del capitalismo. El conjunto de procesos de estructuración social y los modelos de acumulación de capital incorporan la guerra como criterio operativo que debe permitir la destrucción en el arco de cada ciclo sistémico de acumulación de la emergencia de las nuevas formas de organización del antagonismo como resultado de los propios procesos de emergencia política, económica y social que acomete la fuerza de trabajo colectiva, y que habitualmente operan contra la definición de los distintos bloques sociales hegemónicos que en

cada ciclo sistémico de acumulación el capitalismo intenta definir como mecanismo dinámico de estabilización de sus estrategias y posibilidades sistémicas de explotación.

En el largo siglo XX, este bloque social estuvo conformado por la clase obrera blanca masculina y por las elites del denominado Tercer Mundo, mientras las masas inmensas de los trabajadores de color de éste último y las mujeres eran excluidas del acceso a las condiciones sociales prometidas y en cierta medida otorgadas a las clases sociales incluidas en el bloque social subalterno incluido en el *new deal* correspondiente al ciclo sistémico de acumulación estadounidense. Este *new deal*, que sella cada uno de los diversos ciclos sistémicos de acumulación, caracteriza, por consiguiente, la especificidad de la estructura₁ de estructuras₂, que define en definitiva las estrategias de poder, producción y dominación del capitalismo histórico. La introyección definitiva e irreversible de la guerra en los mecanismos de estructuración social, en el diseño de las dinámicas de acumulación de capital, en la organización del proceso de trabajo, en la gestión de la forma-Estado y en la intervención en el sistema interestatal, es el resultado de la potencia de la emergencia del antagonismo tras el choque que produjo en el sistema-mundo capitalista el ciclo de luchas del obrero masa multinacional y de los movimientos de liberación nacional y feminista. En el arco de todo ciclo sistémico de acumulación, la estructura₁ de estructuras₂ y los modelos de acumulación y del sistema interestatal se autoprograma según una lógica de guerra disuelta en los mecanismos de estructuración sistémica para destruir la potencia antagonista y subversiva del bloque social hegemónico que se ha conformado a partir de la crisis del antecedente ciclo sistémico de acumulación y que la relación-capital ha debido incluir en su funcionamiento como dispositivo estratégico de codificación. La relación-capital relanza una y otra vez sus estrategias de acumulación y estructuración explotando el cruce del antagonismo generado por el bloque social hegemónico y por los sujetos excluidos del mismo, en un proceso histórico que hasta la fecha la composición de clase hegemónica no ha sabido conjugar en términos políticos exitosos, básicamente por el funcionamiento de las relaciones de poder engendradas por el capitalismo histórico en el interior del proceso de constitución política de las clases dominadas. Esta necesidad de utilizar el antagonismo lanzado por los sujetos productivos incluidos en el bloque social hegemónico y por los excluidos del mismo, que históricamente ha representado a la inmensa población del planeta, solo se resuelve mediante la utilización de una lógica de guerra: el objetivo primordial de la misma consiste en utilizar todos los recursos sistémicos del capitalismo histórico para bloquear: 1) las dinámicas derivadas del pacto sellado con los sujetos incluidos en el bloque social hegemónico una vez que éste lograr dotarse de la estabilidad suficiente como para permitirle incrementar exponencialmente su dinámica conflictual (en nuestras coordenadas históricas, fordismo en el centro); 2) la presión recurrente de los sujetos excluidos e hiperexplotados que hasta la fecha lo han sido recurriendo a las líneas de invisibilización inducidas por el género y la raza (en nuestras coordenadas históricas, desarrollo en la periferia) y 3) cualquier posibilidad de síntesis políticamente creativa que pueda derivarse de los procesos endógenos de constitución antagonista de cada uno de los bloques o de una eventual y feliz síntesis subversiva de ambos que pudiera llegar a operar simultáneamente dentro del arco histórico-estructural definido por un ciclo sistémico de acumulación dado, lo cual en la actualidad es una posibilidad real. Este ciclo define tanto las posibilidades de acumulación de capital de todo un corte sincrónico determinado como la densidad estructural de la estructura₁ de estructuras₂ que constituye la lógica de guerra para bloquear las diversas posibilidades de combinación de antagonismo y la lucha de clases que se produzca en su interior. Tal vez el ejemplo histórico más fascinante y pertinente de este tratamiento del antagonismo de clase

sea el ciclo de transformaciones sistémico-estratégicas que experimenta el capital-dinero y el capital financiero durante el largo siglo XX, y que de nuevo conecta la *longue durée* del capitalismo histórico con la especificidad de la lucha de clases de una n_k -composición de clase y, por ende, con la calidad de sus propias dinámicas de autovalorización. No hay posibilidad alguna al margen de estos criterios teóricos de reflexionar seriamente sobre la realidad de los sujetos sociales que operan en la actual coyuntura histórica, y mucho menos si se pretende hacerlo de una posición vagamente crítica o peor aún marxista, que por otra parte sigue siendo la episteme dominante de nuestra época y por ende de todavía una buena parte del siglo XXI.

La teoría de la composición de clase, que constituye un elemento crucial de la teoría del antagonismo que mencionaba anteriormente, supone pues pensar la articulación de las distintas composiciones de clase de la fuerza de trabajo global que es explotada en el conjunto de la economía-mundo capitalista según procesos diferenciales específicos, que únicamente pueden ser inteligibles de acuerdo con la construcción de epistemologías comunes que permitan leer la red de procesos de acumulación de capital y estructuración social como un proceso único de reproducción global de la relación, según una causalidad estructural que se halla indisolublemente relacionada con el antagonismo que está intentado atrapar y utilizar para hacer posibles sus dinámicas de reproducción. Esta teoría de la explotación, que en realidad se halla subsumida en una teoría del poder de clase, es un elemento crucial para definir un primer bosquejo de una política global. Hoy el problema primordial radica en pensar formas de acción política que aborden como asunto crucial la destrucción del *gap* de renta y desarrollo que separa las sociedades del centro y la periferia de la economía-mundo capitalista. Este *divide* constituye el obstáculo mayor para que se produzca una homogeneización tendencial de la fuerza de trabajo colectiva que se constituye y es explotada en el sistema-mundo, y que pretende intervenir políticamente en las dinámicas del capitalismo histórico. En realidad, la composición de clase tendencialmente dominante que se está conformando alrededor del trabajo inmaterial y la intelectualidad de masas, y a la que podemos denominar provisionalmente obrero social o sujeto hiperproletario global, posee todos los instrumentos para pensar la articulación antagonista de las diferentes composiciones de clase que constituyen la trama de la explotación del capitalismo realmente existente: *networking class struggles* quiere decir precisamente definir los vectores de la realidad conjunta de la economía-mundo capitalista mediante la inclusión de las n -situaciones de explotación en una teoría de la acumulación de capital/estructuración social que demuestre la producción de plusvalor/poder de clase en un proceso tendencialmente único de explotación, pero también de constitución del antagonismo como horizonte político organizativa y epistemológicamente elemental

Así, pues, el concepto de producción resulta esencial para la actual composición de clase, dado que una de las variables cruciales de su proyecto político consiste en pensar la articulación de composiciones de clase heterogéneas desprovistas de cualquier adscripción territorial esencialista, pero ordenadas de modo predominante según el *north-south divide*, mediante un conjunto de epistemes comunes e iniciativas políticas transnacionales que permitan colocar al capitalismo histórico en el centro de una red de procesos de deconstrucción de las estrategias de dominación detectadas hasta la fecha, y de síntesis de las diversas posiciones que esas composiciones específicas ocupan en la estructura₁ de estructuras₂ del sistema capitalista actual. Dado que escribo desde un punto del sistema-mundo capitalista situado en el norte de tal geografía de la explotación resulta obvio afirmar que cualquier flujo/output antagonista producido desde esta ubicación estructural debe contener irremediabilmente en su composición inputs críticos

que coloquen la destrucción de tal divide como objetivo central de su práctica subversiva: toda práctica crítica que no considere como cuestión insoslayable y permanente la modificación de las conexiones estructurales que reproducen tal hipertrofia de los mecanismos de explotación resulta profundamente eurocéntrica y reaccionaria. Como criterio orientativo la destrucción del eje explotación/colonialidad (racismo-sexismo), que opera a lo largo de la lógica sistémico-estructural del north-south divide, debe operar como un GPS (Global Positioning System) privilegiado para la práctica intelectual y política de la actual composición de clase hegemónica, lo cual nos devuelve de nuevo al concepto de producción y reproducción, y por ende a la teoría del capitalismo que debemos todavía terminar de construir. Este criterio político/epistémico es especialmente importante cuando se teoriza la especificidad de las formas de existencia laboral, social y productiva de la composición de clase nucleada alrededor de la intelectualidad de masas. La potencia de ésta radica en su capacidad para dotarse de un concepto suficientemente rico de producción de modo que le permita captar y explicitar la explotación del resto (de fragmentos) de composiciones de clase que se hallan activas en este preciso arco histórico. El sujeto hiperproletario global tan solo se constituirá como composición de clase tendencialmente hegemónica en torno al *general intellect* si logra condensar en su existencia política su relación privilegiada con los procesos más intensos de producción de plusvalor –que le permite analizar y difundir los modos más novedosos de producción y constitución social– con la comprensión del mecanismo integral del capitalismo global. Todo análisis de la nueva fenomenología de los nuevos procesos productivos inmediatos que no tenga en cuenta la red de procesos que constituyen la trama de existencia de las restantes composiciones de clase diferencialmente explotadas en el sistema-mundo capitalista daña y entorpece la potencia virtual de la intelectualidad de masas: en esta composición de clase convergen históricamente (1968-2002) la asíntota de la producción de conocimiento y la gestión de flujos inmateriales como materia prima primordial de su proceso de trabajo, con la asíntota de la autorreflexividad política que obliga a integrar en un proyecto de subversión consistente todas las formas de existencia social sometidas a la explotación/dominación de las relaciones capitalistas. Cualquier teorización de la intelectualidad de masas que eluda este doble eje de reflexión/organización política sirve únicamente para distorsionar la realidad sincrónica del capitalismo actual. O dicho de otro modo, la sociedad en red se halla inserta en la estructura₁ de estructuras₂ de la relación-capital que la procesa y somete a su diseño estratégico de producción simultánea de producción de plusvalor/poder de clase y constitución social. El actual proceso de trabajo inmaterial funciona, pues, en un entorno mucho más complejo que la mera relación con instrumentos de producción concebidos para operar con signos, códigos y lenguajes y en los cuales la actividad lingüística desempeña una función crucial. El problema esencial es la politicidad de la existencia de esta composición de clase compleja que se reproduce en una estructura social sobredeterminada por relaciones capitalistas de producción.

Madrid, 14 de enero de 2004.